

ESPIRITUALIDAD DE ÉXODO.
EXPERIENCIA BASILAR PARA EL MINISTERIO
EVANGELIZADOR DE MISIONEROS Y CATEQUISTAS

MIGUEL ÁNGEL MEDINA
FACULTAD DE TEOLOGÍA “SAN DÁMASO”
MADRID

Entre las tareas y actividades que Cristo encomendó a la Iglesia¹ se encuentra la denominada “misión ad gentes”², con todo su amplio espectro de significados y tareas. Entre estas tareas podríamos distinguir la específicamente misionera y la catequética. Ambas comparten idénticos rasgos de espiritualidad porque las dos forman parte del gran “ministerio de la evangelización”. Así lo deja entrever el *Directorio General para la Catequesis* (1997), al estructurar la evangelización en tres grandes etapas o “momentos esenciales”: “la acción misionera para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequético-iniciatoria para los que optan por

¹ “La Iglesia no puede sustraerse a la perenne misión de llevar el evangelio a cuantos no conocen todavía a Cristo, redentor del hombre. Esta es la responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia” (cf. JUAN PABLO II, *Christifideles laici. Los laicos misioneros* [Madrid 1989] n. 35).

² El Decreto *Ad gentes* la especifica como misión “nunca concluida”, pero sin llegar a precisar el alcance de la mencionada “misión”. Este vacío quiso subsanarlo la encíclica *Redemptoris missio* (RM) dedicando varios números a clarificar el significado y tipología de esta misión. Citando los dos grandes documentos misionológicos precedentes (*Ad gentes* 6, 23 y 27 y *Evangelii nuntiandi* 18-20), afirma que esta misión va dirigida: primero, a los “pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo”; segundo, a los que “están alejados de Cristo”; tercero, a aquellos pueblos donde la Iglesia “no ha arraigado todavía” y cuya cultura no ha sido influenciada por el evangelio (RM 34).

el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la *acción pastoral...*” (DGC 49).

La escisión en tres momentos no significa que se rompa el hilo conductor: todos forman parte del mismo dinamismo evangelizador, y por tanto comparten la misma experiencia basilar que da origen a la misión que Cristo encomienda a su Iglesia. Por tanto, la distinción de actuaciones del misionero y el catequista no implica ninguna diferencia esencial en la espiritualidad de la que ambos ministerios han de nutrirse.

La situación del mundo ha obligado a tomar conciencia de la urgente necesidad de pasar de una pastoral de cristiandad a una pastoral de misión, formulada más bien como una pastoral de evangelización, motivo fundamental de la existencia de la Iglesia (EN 14).

Desde la conclusión del Vaticano II, el Magisterio fue dedicando sucesivos documentos al tema de la misión de la Iglesia: *Ad gentes* del Vaticano II, el DCG de 1971; *Evangelii nuntiandi*, *Catechesi tradendae*, *Christifideles laici*, etc³. Finalmente, en 1990, Juan Pablo II hacía pública la Carta encíclica *Redemptoris missio*. En ella, además de precisar las modalidades de la misión ad gentes, hace alusión a la cada vez más complicada tarea de distinguir dónde concluye el ministerio evangelizador y dónde comienza a desarrollarse la actividad pastoral⁴. Los

³ El Decreto *Ad Gentes* perfila la dinámica del proceso evangelizador (nn. 11-18). Aunque está concebido sólo para países de misión, sin embargo es el primer esquema paradigmático e inicio de los documentos posteriores. El *Directorio* 1971 introduce la conciencia de la necesidad de volver a hacer un anuncio del evangelio entre los bautizados, porque la situación es de descristianización. En este planteamiento, la catequesis se inserta en el ministerio de la Palabra, y la evangelización se concibe como una etapa más de ese ministerio (nn. 17-19). Pocos años más tarde, el nuevo documento *Evangelii nuntiandi*, especifica y afronta el tema de la evangelización, reconocida como actividad compleja (EN 17) y que implica pluralidad de acciones complementarias (EN 24). Y entre estas acciones aparece la catequesis como parte integrante y fundamental de todo el proceso de evangelización. Este modo de pensar será retomado por *Catechesi tradendae* (n. 18) y por el anteriormente mencionado *Directorio General para la catequesis* de 1997.

⁴ La situación es tan complicada que “algunos se preguntan si aún se puede hablar de *actividad misionera específica* o de ámbitos precisos de la misma, o más bien se debe admitir que existe una *situación misionera única*, no habiendo en consecuencia más que una sola misión, igual para todas partes” (RM 32). Los números siguientes de la misma Carta encíclica (RM 33-34) establecen circunstancias varias y distintas en las

cambios y nuevas relaciones instauradas por los contextos socioculturales que se han ido creando (urbanismo, emigraciones masivas, descristianización y proliferación de mesías y sectas), hacen que la misión *ad gentes*, en lugar de extinguirse, se abra a nuevos y más amplios horizontes. De igual modo, también aumentarán las dificultades para su realización.

Y entre todas las dificultades, la primera puede darse en los mismos colaboradores de la evangelización: los misioneros y catequistas⁵, invitados por Cristo a colaborar, mediante la conformación con Él. En esta configuración para la tarea encomendada, los agentes humanos han de ser siempre conscientes de dos realidades: primera, que el protagonismo sigue estando en las personas de Cristo y de su Espíritu; segunda, de los invitados por Cristo se espera que encarnen fielmente los modelos de actuación y espiritualidad de los misionados por excelencia (Cristo y su Espíritu) para hacer presente la voluntad salvífica del Padre.

I. LA ESPIRITUALIDAD DEL ELEGIDO PARA ESTE MINISTERIO

La actividad realizada en el ministerio de la evangelización reclama, más que una teología sobre la misión o la catequesis (que no son desdeñables), una *actitud relacional* con la Trinidad. Por tanto, sólo podrán realizarse fielmente desde una dimensión “espiritual” de sintonía con los planes salvadores del

que la Iglesia ha de ejercer su actividad misionera. Son esas circunstancias las que definen la tipología de la actividad de la única misión. Y aunque el n. 33 precise tres ámbitos diferentes, el número siguiente confiesa la cruda realidad: “no es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados” (RM 34).

⁵ La actividad del catequista no comienza con la comunicación de un mensaje. Si no se es, poco vale lo que se pueda decir o hacer. El ministerio del catequista se configura en la Iglesia como una vocación y una misión que implica un testimonio, la realidad vivida de cuanto se quiere comunicar a los demás. De ahí la importancia de la experiencia de su “ser” catequista (cf. C. BISSOLI, “La formazione spirituale del catequista”, en: AA.VV., *Formare i catechisti in Italia negli anni 80* [Torino-Leumann 1982] 55-64; L. SORAVITO, “Identità del catechista da formare”, en: *ibid.*, 37-54).

Padre; de estrecha relación personal con Cristo y de fidelidad a la acción del Espíritu Santo. De este modo se conjugan las dos grandes realidades cristianas, íntimamente unidas, y configuradoras de la vida cristiana: espiritualidad y misión⁶.

Todos los cristianos, en razón de su bautismo, reciben el encargo de anunciar al mundo el evangelio de Jesucristo y de guiar a todos los hombres hacia el encuentro con Dios. Este principio teológico, sin embargo, no olvida la existencia de unas “llamadas” o vocaciones específicas a compartir la misión de Jesucristo (EN 66). Esta elección conlleva unas gracias y exigencias espirituales (AG 23), necesarias para comprometerse en el estilo y objetivo de vida iniciado por Jesucristo: la espiritualidad misionera⁷, evangelizadora o catequética.

Esta espiritualidad se constituye, como es lógico, sobre los mismos principios y fundamentos de la espiritualidad cristiana. Sin embargo, desde la vocación específica para la misión, adquiere unas dimensiones que la diferencian de las otras vocaciones (sacerdotal, laical, religiosa), no para enaltecerla frente a

⁶ Muchos han sido los estudios que se han realizado sobre este tema. Indicaré sólo algunos, a modo de guía: A. AUBERT, “Théologie missionnaire et spiritualité missionnaire”: *Collectanea Mechiliniensis* (1974) 424-432; E. BAREA, “Espiritualidad y misión evangelizadora”: *Confer* 22 (1983) 225-274; A. BELLAGAMBA, “A spirituality for mission”: *African Christian Studies* 1 (1983) 13-30; L. A. CASTRO, *Espiritualidad misionera* (Bogotá 1993); A. DAGNINO, *Ditelo nella luce, spiritualità dell’apostolo* (Roma 1983); J. ESQUERDA BIFET, “La espiritualidad misionera”, en: *Id.*, *Misión para el tercer milenio. Curso básico de Misionología* (Bogotá 1992); *Teologia della evangelizzazione, Spiritualità missionaria* (Roma 1992); S. GALILEA, *Espiritualidad de la evangelización según las bienaventuranzas* (Bogotá 1980); A. PEÑAMARÍA, “El designio salvador del Padre, presupuestos teológicos de espiritualidad misionera”: *Estudios Trinitarios* 17 (1983) 407-425; G. RODRÍGUEZ MELGAREJO, “¿Una mística de la evangelización?”: *Teología* 24 (1987) 59-93; F. ZALBA, “Espiritualidad misionera”: *Rev. Teológica Limense* 18 (1984) 371-382.

⁷ “El hombre, sin embargo, debe responder al llamamiento de Dios, de forma que, sin asentar a la carne y a la sangre, se vincule totalmente a la obra del Evangelio. Pero no puede darse esta respuesta sin la moción y la fortaleza del Espíritu Santo. Porque el enviado entra en la vida y en la misión de Aquel que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo... con una vida realmente evangélica, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera, dé testimonio de su Señor, si es necesario, hasta la efusión de sangre. Dios le concederá valor y fortaleza para conocer la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia... A fin de no descuidar la gracia que poseen, los heraldos del Evangelio han de renovar su espíritu constantemente...” (AG 24).

las demás, sino para posibilitar la adecuada realización que se la supone.

Frente al proceso gradual de perfección en el camino cristiano, la *espiritualidad de éxodo* se desliza por las vías de la radicalidad que exige el anonadamiento para, así, “iniciar” la actividad ministerial del testimonio. Existe una estrecha relación entre la perspectiva del envío de los Apóstoles a todo el mundo y la disponibilidad para “dejarlo todo”. De hecho, la perspectiva de “misión” de la Iglesia se siente y es vivida cuando existe esta disponibilidad encarnada en una espiritualidad con rasgos de totalidad: “Al misionero [y lo mismo puede decirse del catequista] se le pide renunciarse a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y hacerse todo para todos (AG 24); en la pobreza que lo deja libre para el Evangelio; en el desapego de personas y bienes del propio ambiente, para hacerse así hermano de aquellos a quienes es enviado” (RM 88).

Los grandes documentos sobre la misión y el ministerio catequético apuntan en la misma dirección: la vocación catequética y evangelizadora exigen una espiritualidad muy particular⁸

⁸ La expresión “espiritualidad misionera” aparece por primera vez en el Decreto *Ad gentes*. La indicación de esa espiritualidad eclesial, relacionada con una vocación específica intraeclesial, señala que la espiritualidad a la que se alude debe tener rasgos específicos (no contrarios al resto de las vocaciones cristianas) pero sí diferenciadores. La vocación a predicar el evangelio por el mundo exige una espiritualidad que ha de cultivarse de modo muy particular. El tema fue nuevamente tratado en la *Evangelii nuntiandi*, y posteriormente en la *Redemptoris missio*, con un capítulo específicamente dedicado a este tema. La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* dedica todo un capítulo al “espíritu de la evangelización” (cap. VII). La palabra “espíritu” queda explicada en la misma exhortación como “actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización” (EN 74). Este “espíritu” o “espiritualidad” viene a ser el estilo de vida del evangelizador, el cual, por ello mismo, será fiel a la naturaleza de la evangelización (EN cap. I-III) y a la acción evangelizadora tal como Cristo la realizó y la confió a la Iglesia (EN cap. IV-VI). Por esto, la misión “merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que, si es necesario, le consagre la propia vida” (EN 5). Por tanto, se trata de una espiritualidad que deriva de la misión misma, al estilo de Cristo evangelizador que ha querido hacer prolongarla en aquellos a quienes llama a esta actividad específica. Por su parte *Redemptoris missio* dedica todo el capítulo VIII. La primera afirmación de este capítulo se refiere a la existencia de la espiritualidad misionera como “espiritualidad específica”: “La actividad misionera exige una espiritualidad específica, que concierne particularmente a quienes Dios ha llamado a ser misioneros” (RM 87). Con ello se ratifica la afirmación conciliar de AG 29, que también aparece en

No menos significativa es la importancia otorgada por la *Christifideles laici* (n. 60) al tema de la espiritualidad del catequista. Y no podemos olvidar las referencias en el *Directorio General para la Catequesis* 239; *Catequesis de la Comunidad* 85, 90 y 208, *Catechesi Tradendae* o el *Catequista y su formación* 66.. La coincidencia de declaraciones, en la exigencia de una particular “espiritualidad”, nos lleva de inmediato a considerar que hay vertientes dentro de esa espiritualidad que han de ser específicamente tomadas en cuenta. El Decreto *ad Gentes* había descrito la espiritualidad del misionero, detallando virtudes y actitudes concretas (AG 23-24). La Exhortación de Pablo VI había indicado un conjunto de “actitudes interiores” del apóstol (EN 74-80). Por su parte, las encíclicas de Juan Pablo II tratan de encuadrar la “actitud espiritual” dentro del conjunto de dimensiones (trinitaria, antropológica, sociológica) de la misión⁹, pero como una parte constitutiva de las mismas. Podríamos decir que la actitud espiritual, posiblemente, sea el yugo que enlace todas las dimensiones para dar forma a la misión encargada por Jesucristo a sus discípulos.

La espiritualidad de los enviados a anunciar y dar testimonio es el estilo de vida que corresponde a la acogida del mandato de anunciar el evangelio a todos los pueblos. Las dimensiones de la espiritualidad coinciden con las perspectivas de la misión: aceptar en su radicalidad más absoluta la voluntad de Dios; seguir la senda o camino marcado por Jesucristo durante su vida terrena, siempre en obediencia a la guía del Espíritu, en la comunión eclesial, para ayudar en el establecimiento del Reino de Dios en las situaciones humanas concretas.

Sin olvidar la preeminencia del anuncio, hoy, evangelizar y catequizar significan también presentar cómo se vive el misterio cristiano. No basta anunciar con una explicación más o menos

Pastor Bonus (art. 86), como una modalidad de la expresión “espíritu misionero” (art. 87) y del “espíritu de la evangelización”.

⁹ Los comentarios globales a *Redemptoris missio* han hecho resaltar el capítulo VIII. Cf. AA.VV., *Haced discípulos a todas las gentes. Comentario y texto de la encíclica “Redemptoris missio”* (Valencia 1991); *Redemptoris missio. Riflessioni* (Roma 1991); *Cristo, Chiesa, Missione, commento all’enciclica “Redemptoris missio”* (Roma 1992); *La missione del Redentore* (Leumann-Torino 1992); “Redemptoris missio. Points de vue, évolutions, perspectives”: *Spiritus* 33 (1992) 143-232.

teórica, sino que es necesario presentar nuestra vida inmersa en la realidad que anunciamos. Esta primera exigencia marca de modo definitivo no sólo la elocuencia sino también la vivencia del anunciador. Una vivencia que se convierte en la experiencia de un Dios Amor presente, con el que se realiza una relación dialogal por medio de la oración. Esta experiencia de cercanía y de relación tendrá su expresión en la alegría, pas-cual a pesar de todas las cruces, y en la experiencia de las bienaventuranzas o de la disponibilidad para el amor.

II. SEMEJANTE A LA DEL HIJO ENVIADO

El n. 23 del *Ad gentes* perfila en pocas palabras los rasgos fundamentales del llamado a evangelizar: “Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que le acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes”. Los Padres del Concilio fijaron en estas siete expresiones los rasgos fundamentales del misionero, pero nosotros podemos extenderlos al ministerio catequético.

El primer rasgo está en íntima relación con Cristo: el misionero y el catequista se definen por Cristo; Él es quien llama (Jn 15,16) y quien concede poder para predicar con su autoridad¹⁰. El segundo, hace referencia a la elección de los “apóstoles” de entre los discípulos¹¹: si bien todos los cristianos somos discípulos, la vocación apostólica es una llamada¹² o selección

¹⁰ Cf. J. GLAZIK, “La vocation de missionnaire”: *Jeunes Eglises* 7 (1965) I-IV.

¹¹ Es necesario dejar claro que hablar de la universalidad de la llamada de Jesús al seguimiento con toda su radicalidad, no impide distinguir en la misma historia de Jesús la existencia de “círculos” entre los seguidores/as del Jesús prepascual (cf. E. P. SANDERS, *Gesù. La verità storica* [Milán 1995] 125-130; G. BORNKAMM, *Qui est Jésus de Nazareth?* [París 1973] 166-169; G. THEISEN, *Sociología del movimiento de Jesús. El nacimiento del cristianismo primitivo* [Santander 1979] 13-25).

¹² La vocación es un fenómeno que atraviesa toda la historia de la salvación. Dios siempre ha elegido a “algunas personas” para que colaboren más estrechamente con Él en su plan de salvación. Esta llamada, dentro de la vida cristiana, es una vocación en el sentido estricto de la palabra. Así lo expresa el Decreto *Ad gentes*, donde se describe a los evangelizadores como portadores de una “vocación especial” (AG 23), que exige una “vida realmente evangélica”. La percepción de la dificultad que entraña este constante mantenerse en la senda de Cristo, hace que los padres conciliares hablen de

dentro de la generalidad de discípulos para unas tareas específicas. El tercero de los rasgos se relaciona con la perennidad del apostolado: “llama siempre”. El Señor no puede estar ausente de esta necesidad constante de la Iglesia, de ahí que la vocación evangelizadora deba ser considerada como una actividad constante de la Iglesia en su devenir histórico. El siguiente rasgo establece una dimensión de elección gratuita: “llama a los que quiere”. No se trata de una llamada de preferencia –aunque Él puede elegir a los que quiera– sino de exclusividad: nadie puede arrogarse este título, so pena de ser un falso enviado, si no es llamado por Cristo. La iniciativa corresponde a Cristo y nadie puede ser enviado si no ha sido llamado por Cristo “para enviarlos”. Esta es la finalidad de la misión. La llamada finaliza en el envío explícito para “predicar” o proclamar el Evangelio de salvación “a las gentes” o universalidad de la familia humana.

He omitido uno de los rasgos, no por olvido, sino porque va a ser el motivo guía de este estudio: “llama a los que quiere para que le acompañen”. No deseo entrar en la evolución del significado del “seguimiento” en la historia cristiana¹³. Me preocupa mucho más el sentido del “acompañamiento-permanecer con Jesús”: entrar en una comunidad de vida infinitamente más cordial que aquella otra existente entre maestro y discípulo, que no pasaba de una cercanía corporal.

Quien no conozca el estilo joánico pasará por alto el significado oculto en las pocas palabras con las que se inicia la vocación de los primeros apóstoles: “seguir”, “ir en pos de él”, “quedarse”. Tras esas sencillas palabras se oculta un mundo de profundos pensamientos: seguir al Maestro es, al mismo tiempo, comienzo y símbolo de una convivencia, tan íntima como aquella que se da entre el Padre celestial y su Hijo (Jn 15,10).

Desde el primer momento, esta convivencia consistió en tomar el bastón de peregrino y hacerse al camino. La itinerancia o éxodo es la característica de la llamada de Cristo: “para que le acompañen”. Pero este acompañamiento se hace visible por tres

“renovar su espíritu constantemente” (AG 24) y adquirir “una especial formación espiritual y moral” (AG 25).

¹³ A este respecto pueden verse la obras: A. SCHULZ, *Discípulos del Señor* (Barcelona 1967); B. FERNÁNDEZ, *Seguir a Jesús, el Cristo* (Madrid 1998).

caminos: primero, de forma física y material. Es preciso salir del propio mundo vital (dejar las redes, el telonio o la actividad profesional), liberarse de los vínculos anteriores y marchar visiblemente tras el Jesús itinerante. Segundo, estar con él implica una adhesión incondicional a la persona mesiánica de Jesús. Es una experiencia imborrable de comunión de vida, en la que los discípulos han ido aprendiendo en la convivencia y cercanía una nueva forma de vivir. Tercero, el acompañamiento tiene como objetivo escuchar y aprender, pero para distribuir la enseñanza y no para conseguir la propia salvación. Es la dimensión explícita que aparece en el mandato: “Id, pues, y sed maestros de todas las naciones... enseñándoles todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19).

La llamada es “para estar” y vivir las realidades esenciales que movieron el caminar histórico de Jesucristo por esta tierra. Y son esas realidades las que dan origen a la autoridad, finalidad y calidad de la misión, realidad que no puede vivirse sino como actitud de relación personal cercana con Cristo que envía, acompaña y espera allí donde va el discípulo enviado. La dimensión espiritual de la misión consiste en la vivencia de esta relación cercana: “os anunciamos lo que hemos visto y oído, lo que hemos tocado con nuestra manos” (1 Jn 1,1ss). Esta actitud relacional es el don preferente de la misión: la llamada al encuentro con Dios, para escuchar rectamente su Palabra y comunicar a los hermanos la vida divina.

La respuesta a esa llamada es como un nuevo comienzo¹⁴. La palabra invitadora de Jesús se convierte en camino nuevo y, a la vez, implica romper con todo lo anterior. La índole del pre-

¹⁴ Refiriéndose a la gracia, pero perfectamente relacionado con nuestro tema, Bonhoeffer escribía: “el que ha sido llamado abandona todo lo que tiene... Uno es llamado y debe salir de la existencia que ha llevado hasta ahora, tiene que ‘ex-istir’, en el sentido más estricto de la palabra. Lo antiguo queda atrás, completamente abandonado. El discípulo es arrancado de la seguridad relativa de la vida y lanzado a la inseguridad total (contando, sin embargo, con la seguridad y salvaguardia absolutas de la comunidad con Jesús); es arrancado al dominio de lo previsible y calculable y lanzado al de lo totalmente imprevisible, al puro azar; es arrancado al dominio de las posibilidades finitas y lanzado al de las posibilidades infinitas... La llamada de Jesús no admite que se interponga cualquier cosa, bajo ningún pretexto, entre Jesús y el que ha sido llamado, ni siquiera lo más grande y santo, ni siquiera la ley” (cf. D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia. El seguimiento* [Salamanca 1986] 27 y 29).

sente salvífico y la proyección hacia la consumación en el Reino hace palidecer todo lo vivido en precedencia¹⁵. Por eso, al llamado se le invita a dejarlo todo. Y la respuesta va envuelta en totalidad y radicalidad¹⁶. La totalidad se expresa en hacer dejación del *modus vivendi* precedente. La llamada de Jesús comporta una nueva profesión que ocupará toda la vida; no hay lugar ni tiempo para otra profesión u oficio. En esta misma perspectiva de totalidad estaría la exigencia de dejar todos los bienes y posesiones, para no tener que distraer energías o atención.

Por su parte, la radicalidad irá unida a la itinerancia y a la novedad que comporta el Reino¹⁷. El éxodo que se abre ante el llamado exige el desarraigo de la propia vida; una radical pobreza que posibilite la opción vital de dedicarse a la misión de colaborar con Jesús¹⁸.

Finalmente, entrar en la convivencia de Jesús es entrar en una dinámica de formación. Con la llamada y el encuentro se inicia un proceso de profundización en los dinamismos de dirección que definen la vida de Jesús. Los invitados a convivir

¹⁵ Cf. L. M. ARMENDÁRIZ, "El Reino de Dios, centro del mensaje y de la vida de Jesús": *Sal Terrae* 64 (1976) 362-376.

¹⁶ La llamada de Jesús a compartir su misión plantea la necesidad e una conversión raíz, fundamental y primera, que se concreta en las renunciaciones siguientes: 1º renuncia al dinero (Lc 16,13; Mt 6,24) y a todos los bienes (Lc 18,18-30 y par. en Mc 10,17-31 y Mt 19,16-30). 2º Renuncia al apego a nosotros mismos (Mt 10,39), a la propia vida (Jn 12,24; Mt 16,24-25). 3º Renuncia a la instalación cómoda para aceptar lo que el camino del servicio al Reino entraña de incierto e imprevisible (Lc 9,57-58; Mt 8,19-20). 4º Renuncia a las vinculaciones familiares en la medida en que puedan interponerse entre Jesús y el llamado a seguirle y obstaculizar o entorpecer el seguimiento (Lc 9,59-60; Mt 8,21-22).

¹⁷ La radicalidad a la que Jesús hace referencia no es la explosión de un temperamento apasionado sino la alerta para no dejar pasar esa llegada de Dios. Esta exigencia es consecuencia de la radicalidad escatológica del reino de Dios que llega. Para expresar esa novedad radical de la vida del reino, los textos de vocación y lo logia de seguimiento se fijan especialmente en que el seguimiento de Jesús requiere dejar la propia familia y exime de los más graves deberes familiares (cf. ARMENDÁRIZ, 366). Ser discípulo implica romper toda atadura externa hasta el desarraigo de la propia vida y de sí mismo (cf. R. AGUIRRE, *La mesa compartida. Estudio del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales* [Santander 1994] 20).

¹⁸ Cf. J. LOIS, "Universalidad del llamamiento y radicalidad del seguimiento", en: *¿Quién decís que soy yo? Dimensiones del seguimiento de Jesús* (Estella 2000) 105-150.

tienen que aprender el estilo de vida de Jesús; configurar su existencia con la de Jesús hasta llegar a identificarse. Esta convivencia exige amor y praxis, pero también palabras, revelación y comunicación de experiencias.

Las palabras y la comunicación estrechan la convivencia, pero llevan a una identificación con el Modelo en todas sus vertientes y consecuencias. La comunidad de vida con Jesús va introduciendo en la identificación con él y con su destino; confiar en Jesús es ponerse con él en un camino de debilidad; renunciar a todo y hacerse peregrino es correr los riesgos de la inseguridad y la indefensión, “como ovejas en medio de lobos”.

La invitación a compartir la existencia tiene unas implicaciones tan profundas que los evangelios sinópticos la presentan como conversión. Aceptar su invitación es asumir una relación personal con el Maestro y su mensaje: la presencia del Reino¹⁹. Quien acepta esa relación se vincula a Jesús y a su causa, al tiempo que se desarraiga de su entorno y apoyos. La relación de convivencia con el Maestro remueve todas las otras relaciones, pues el que llama se convierte en el centro y valor supremo de la vida del seguidor, personalizado y singularizado por la misma llamada: “Tú, sígueme”. La propuesta es tan absorbente que la respuesta del seguidor tiene que ser un éxodo de lo acostumbrado y lo sabido hacia lo desconocido, fiado sólo en la propuesta que se le hace. En esta adhesión total, la fe aparece como el motor de ese éxodo en el que el llamado se pone en marcha tras el Maestro.

Pero esta llamada a la convivencia con Jesús contiene otra dimensión: es una llamada a tomar parte en la misión mesiánica del convocante. La convivencia no es sólo para aprender, tiene el objetivo de hacer partícipes de su misión mesiánica²⁰ a

¹⁹ Al parecer, el Nuevo Testamento estaría utilizando un modelo judío de teología de la conversión, según el cual convertirse equivalía a renunciar a todo bien. Así lo expresa E. SCHILLEBEECKS, *Jesús. La Historia de un viviente* (Madrid 1981) 199-208.

²⁰ Gerd Theissen usa la expresión “mesianismo participativo”. Frente a las esperanzas de Israel, en donde se aguardaba la venida de un Mesías glorioso, único y exclusivo, Jesús expone una forma de mesianismo en el que son invitados a participar todos aquellos que acepten su mensaje (cf. “Gruppenmessiansimus. Überlegungen zum Ursprung der Kirche im Jüngerkreis Jesu”, en *Jahrbuch für biblische Theologie*, Band 7 [1992] 101-123).

los llamados, comunicándolos, durante ese camino, su carisma, autoridad y esperanza mesiánica. En contrapartida, el discípulo implica de tal modo al Maestro en su vida que se descubre como representación de Jesús y en disposición de aceptar sus encargos y participar en su misión.

En conclusión, hoy los “llamados a estar con él” deben ser conscientes de esta relación radical; es una invitación a correr su misma suerte en el alimento, la morada, vida y muerte, en el anuncio del reino y al servicio a los hermanos. El anuncio evangélico presupone esta vivencia.

III. PARA ENTRAR EN COMUNIÓN CON LA TRINIDAD

Todos los cristianos, como miembros de la Iglesia –núcleo donde se expresa la invitación y el envío a evangelizar y catequizar– se convierten en razón de la misma membresía en partícipes de la misión encomendada a la Iglesia. Esta es la razón por la que afirmamos que todo cristiano, en razón de su bautismo y pertenencia a la Iglesia es un apóstol. Sin embargo, dentro de la misma Iglesia, hay miembros que reciben una invitación explícita del Maestro, reconocida por la Iglesia, para compartir de modo más concreto la vida de “enviado”²¹ y anunciar la voluntad del Padre²². Esta es la tarea misionera a la que son invitados todos los que, aceptando el bautismo de Cristo,

²¹ Cf. Jn 3, 14-17; 5, 43; 6, 29-30. 39. 57. El modo como los evangelistas presentan a Jesús nos descubre que toda su vida y acción salvadora encuentran explicación en la misión. Puede decirse que la persona, palabra y vida de Jesús es misión. Y en ese modelo se halla la forma de entender y realizar la misión, encomendada ahora a la Iglesia y, dentro de ella, a los “llamados y enviados” específicamente a realizar esta tarea.

²² Surgida de la iniciativa del amor de Dios, la *missio* desborda en la historia ese amor comunicador que desea revertir la desintegración de la humanidad causada por el pecado y, por tanto, reintegrar la humanidad en la vida plena del Reino. De ese amor fontal, principio sin principio, surge la *missio Dei* de la Trinidad histórico-salvífica que apunta, en una primera instancia, a la presencia de Dios en el mundo a través del Logos y del Pneuma. La misión del Verbo, hecho carne en Jesús de Nazaret, se prolongó en la historia del mundo, de la Iglesia y de cada persona, mediante la presencia y actuación del Espíritu Santo.

se adhieren a su misión salvífica, compartiendo el camino de fe, servicio y redención que Jesucristo asumió a lo largo de su vida terrena. De ese modo, los cristianos se asocian verdaderamente a la “misión”. Esta vivencia se capta adecuadamente en el *encuentro vivencial* y contemplativo en Cristo. Del “encuentro” con Dios en Cristo, se pasa a “vivir la misión” sin fronteras en la “comunidad” de la Iglesia. Esta actitud relacional, como espiritualidad del evangelizador, es fruto de un don de Dios, que llama a un encuentro con él para escuchar su palabra y comunicar a los hermanos la vida divina. El anuncio evangélico presupone esta vivencia. La espiritualidad del evangelizador se concreta en “actitudes interiores” (EN 74), que no son sino la expresión de la relación de sintonía con los planes salvíficos del Padre. Todas esas actitudes se traducen en una actitud “cristiana”, comprometida para conocer, hacer y anunciar la voluntad del Padre (cf. G. AUZOU, *La parole de Dieu* [París 1963]; J. ESQUERDA BIFET, *Meditar en el corazón* [Barcelona 1987]; O. SEMMELROTH, *La palabra eficaz. Para una teología de la predicación* [San Sebastián 1967]).

Acertaban los Padres del Vaticano II cuando, al tratar el plan de salvación, definen la obra de Jesucristo con los conceptos de *comunidad* o *redención*. El paralelismo de los dos significados (cf. DV 2, AG 3 y LG 3) no hace sino otorgar plenitud a la obra de salvación llevada a cabo por Jesucristo²³.

La vida de Dios en el misterio de la Trinidad es no sólo el punto de partida para explicar las formas de comunidad existentes entre los hombres, sino que en sí misma expresa la realización de la comunidad propiamente dicha²⁴. Y si la vida de Dios es comunidad, todo lo que realiza en el mundo, tiene que estar contenido bajo ese mismo concepto: allí donde Dios interviene, directa o mediatamente, está actuando una fuerza generadora

²³ “Dios para restablecer la paz o comunidad consigo y una fraterna sociedad entre los hombres, dispuso entrar en la historia humana de modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo” (AG 3); “Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Si mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo... para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2); “Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención” (LG 3).

²⁴ Cf. A. BANDERA, *La Iglesia imagen de Cristo* (Guadalajara 1970) 18-20.

de comunión. Por eso, la máxima intervención de Dios en el mundo, que es el envío de su Hijo para salvar a todos, debe ser expresada como una obra de comunión. Y esta misma obra de comunión habrá de ser el signo de actuación de quienes son invitados a compartir la existencia y obra de Jesucristo. El hecho de construir una comunidad de hermanos es ya cumplimiento de la misión; es la realización más densa de la vida cristiana, que siempre será vida reconciliada con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu.

No podemos separar este éxodo o camino de aprendizaje de las otras realidades que el misionero/catequista deben experimentar en la cercanía vivencial con el Maestro. Van íntimamente unidas. Sin embargo, el éxodo de la comunión es particularmente complejo porque, aunque va dirigido al objetivo de la “plantación de la Iglesia” o construcción de la comunidad eclesial (local y universal) como “icono” de la comunión o koinonía trinitaria, es esa misma comunión trinitaria la que precede y da origen a la misión evangelizadora y catequética.

Posiblemente no haya otro tema bíblico más amplio ni envolvente. La comunión es la síntesis de todos los demás y el único modo de enfocarlos como conjunto. Por ello, quizás sea la primera lección que misionero y catequista deben aprender en la convivencia con Cristo²⁵. No se puede entender ninguna virtud ni actividad cristiana, empezando por la fe y culminando por la caridad, si no se las considera como órganos de la comunión con la Trinidad, y en/por Ésta con todos los hombres. Es tal la compenetración entre misión y comunión, que el valor expansivo de la segunda es la que impulsa vitalmente hacia la difusión de la palabra y vida de Jesucristo. En correspondencia, la misión refuerza los vínculos de comunión, acrecienta la vitalidad

²⁵ El concepto de comunión ilumina el de alianza, llevándolo a plenitud: ahora ya no se trata solamente de que Dios nos sea favorable gracias a su fidelidad al pacto que estableció con nosotros, sino de que Dios, en Cristo, por el Espíritu Santo, comparta íntimamente nuestra misma vida. El significado de esta alianza acentúa la trascendencia divina y la distinción entre Dios y nosotros; la comunión, sin negar estas verdades básicas, añade la presencia íntima de lo divino en nosotros. La alianza recuerda que Dios es *superior summo meo* y la comunión el modo maravilloso del *interior intimo meo*, según palabras de S. Agustín.

interna de la ecclesia y la hace ser cada vez más y mejor cumplimiento de la voluntad de Cristo (AG 36; DV 8; GS 43-45).

Romper los vínculos de comunión es imposibilitar la actuación evangelizadora, reduciéndola a simple agitación propagandística. En el "llamado", las dos vivencias van tan intrínsecamente unidas que no pueden ni crecer ni menguar aisladamente, porque el crecimiento o la merma de la una implica intrínsecamente el crecimiento o merma de la otra.

Como en las otras dimensiones de la espiritualidad, el misionero y el catequista se encuentran inmersos en un misterio de síntesis. Esta inmersión exige o requiere un espíritu integrador que evite toda tentación de contraponer un elemento a otro; tendrán que aprender cómo aplicar todas las iluminaciones para comprender más profundamente a los otros, porque detrás de todos está Jesucristo y la salvación que Él, por medio del Espíritu, ofrece a todos los hombres para conducirlos a la casa del Padre. Esto comporta de inmediato una serie de consecuencias:

1ª El hombre elegido para dar a conocer y ayudar a realizar la voluntad salvífica del Padre no puede contentarse con entregar una parte del propio ser y de la propia actividad; debe entregarlo todo, entre otras razones porque, si efectivamente se considera invitado a colaborar en la *missio Dei*, ello implica que Dios se le dio ya todo a él. Vivir la comunión no es una tarea entre otras muchas. Es la tarea básica, porque sólo cuando el misionero o el catequista dedican la totalidad de su ser, pueden responder a la invitación y a la gracia que les ha sido otorgada.

2ª La misma experiencia de cercanía y encarnación convierten al misionero/catequista en expresión y signo de la comunión congregante y expansiva que configura la voluntad del Padre. En él, todas las realidades y personas habrán de encontrar acogida para poder también ellos formar comunión y comunidad.

3ª Toda su actividad debe estar envuelta en comunión, no por el fin, sino por el mismo origen y fuerza. Aquella carecería de sentido si no se desarrollara en una atmósfera donde la comunicación de experiencia de salvación no fuera el ámbito or-

dinario²⁶. El horizonte universal de la comunión se presenta como el camino hacia el gran punto de referencia, constituido por el misterio de la Trinidad y su voluntad salvífica. Creer en Dios y cerrarse, aunque sea a un solo hombre, es contradicción. “La relación del hombre para con Dios Padre y la relación del hombre para con los hombres sus hermanos están de tal forma unidas que...” (NA 5a). La comunión que viene de Dios y se adueña del misionero/catequista requiere una apertura total a todos los hombres, para mirarlos con los ojos de Dios y amarlos con el corazón de Cristo. Sólo el aprendizaje en la escuela de la convivencia con Cristo y su Espíritu puede dar esta experiencia original y beatificante, hasta revestir al discípulo con aquella nota esencial del apóstol: la universalidad.

IV. CONVIVENCIA-COMUNIÓN EN EL ÉXODO PREPARATORIO PARA EL MINISTERIO

Las fuentes bíblicas, al referirse a la vocación de los discípulos de Jesucristo, añnan llamada y movimiento: “Ven y sígüeme”. La vocación del discípulo llamado a acompañar a Jesucristo en su misión implica no sólo una elección, sino también una respuesta decisiva de ponerse en camino. Así comienza el éxodo configurador de una identidad con rasgos nuevos. Este éxodo tiene varias vertientes mediante las cuales se configura la personalidad del enviado²⁷, confiriéndole unas cualidades espirituales, morales y psicológicas necesarias para desarrollar la actividad a la que ha sido invitado.

²⁶ “Para el cristiano la unidad de cada persona en sí misma y con las otras personas está producida ya radicalmente por virtud del bautismo que lo renueva en el Espíritu Santo con el don de la fe. El hombre nuevo es sólo aquél que tiene conciencia de pertenecer a Cristo, y de que le pertenece juntamente con todos los demás, y quien sabe que todos los demás son parte constitutiva de él mismo, porque también ellos pertenecen a Cristo, como Cristo pertenece al Padre... El hecho de la comunión domina sobre toda la personalidad cristiana e informa todas sus expresiones. No es una cosa que haya que hacer al lado de otras cosas; es el modo de hacer todas las cosas” (cf. E. CORECCO, “Parlamento ecclesiale o diaconia sinodale?": *Communio* 1 [1972] 38-39).

²⁷ Cf. B. FORTE, *La esencia del cristianismo* (Salamanca 2002) 99-107.

El éxodo al que se invita al “llamado” es permanente. No es una etapa de transición en la vida, ni siquiera una etapa de formación; no tiene como objetivo llegar a ser maestro o experto en el conocimiento de la revelación para enseñarla a otros. La escuela de Jesús es la universidad para toda la vida, pues en este éxodo uno es aprendiz durante toda la vida. El llamado no ha sido invitado a suceder al Maestro, y mucho menos a suplantarlo. La presencia constante del Modelo posibilita y exige que el misionero/catequista, discípulo de Jesús, aprenda cada día a creer como él creyó, amar como él amó, esperar como él esperó y convertirse en pan de comunión como él lo hizo.

Dentro de la misma llamada a la convivencia se mostraba la otra dimensión: “sígueme”. En la tradición de la Iglesia, esa invitación ha sido comprendida como propuesta de discipulado o camino de imitación. Sin embargo, en su significado más profundo encierra la propuesta de andar la senda recorrida por el Maestro en un éxodo total de sí. Este camino de encarnación de Cristo, pasará a configurarse como el camino de cristificación, imprescindible para que un ser humano pueda convertirse en continuador de la misión realizada por Cristo.

AG 23 expresa las condiciones configurantes del evangelizador²⁸, pero creo que los mismos Padres conciliares comprendie-

²⁸ “Cristo Señor, de entre los discípulos llama siempre a los que quiere para que le acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno... porque son sellados con vocación especial quienes, dotados del conveniente carácter natural e idóneos por sus disposiciones y talento, están dispuestos a emprender la obra misional... Enviados por la autoridad legítima, se dirigen por fe y obediencia a los que están alejados de Cristo, segregados para la obra a la que han sido llamados, como misioneros del Evangelio”. En estas palabras anotamos las siguientes notas constitutivas del evangelizador: 1ª *Ser llamado por Cristo*. El evangelizador se define por Cristo. Esta nota esencial pertenece a la hondura de la identidad del discípulo que responde. El enviado no puede ser visto sino como *imago Christi*. “De entre los discípulos” hace referencia a la elección que Cristo realiza entre sus seguidores para encomendarles la tarea específica de continuar su propia misión. Por eso, la elección corresponde siempre al Maestro, quien elige a los que quiere, de modo que nadie puede arrogarse esa predilección, por mucho que lo desee, pues la misión conlleva otra “tarea”: entrar en simbiosis vital con Él: “para que le acompañen” y vivan con y como Él. Esta primera característica es la identidad esencial del enviado. No es cuestión de generosidad, se puede ser muy generoso con el Señor y no ser llamado. 2ª *Recibir la vocación misionera, por “medio del Espíritu Santo”*. La una-

ron que faltaba una característica esencial y esa la encontraron en las palabras de Pablo a los Filipenses 2,7: “Porque el enviado entra en la vida y en la misión de Aquel que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo” (AG 24).

Difícilmente podría haberse expresado con más hondura el camino recorrido por Jesucristo: anonadamiento para tomar una nueva condición. Por tanto, considero que, sin desdeñar ni prescindir de las condiciones expresadas por AG 23, debemos prestar mayor atención al objetivo preferencial que encierra la invitación de Jesucristo: “sígueme para convivir conmigo”.

El enviado a predicar o catequizar configura su naturaleza cuando se unen todas las características expresadas en AG 23 con otra también fundamental: “están dispuestos a emprender la obra misional”. La naturaleza del evangelizador/catequista comienza a formarse cuando, aceptada esa invitación, se decide a recorrer el camino de encarnación seguido por Jesucristo, aceptando convertirse en un “siervo de la voluntad salvífica del Padre”. En ese preciso momento, la llamada o invitación origina el estado embrionario de la personalidad evangelizadora que, con la respuesta personal y las gracias del Espíritu, derivará hacia esa persona llamada que decide convertirse en heraldo del Evangelio del Padre, sin detenerse ante barreras geográficas o religiosas, pues su disponibilidad total le abre la universalidad del mundo y la totalidad del género humano. En ese momento, el evangelizador o catequista es el que “ha salido...”.

ninidad de ambas personas divinas se pone de manifiesto también en la persona del enviado, enriquecido con carismas especiales. Si son carismas especiales es porque la tarea es diferente. *3ª Tener un carácter especial.* La gracia de los carismas se encarna en la naturaleza de los discípulos, dispuestos a aceptar la misión que se les encomienda. Para ello, se requiere una sólida salud, física y mental, capaz de sustentar un equilibrio psíquico en los momentos más adversos. También requiere una capacidad intelectual suficiente; no es necesario ser un genio, pero sí tener un talento adecuado para adquirir una nueva existencia: apertura de base, capacidad de asimilación y voluntad de trabajo continua y tenaz. Un carácter sólido, asociado a un juicio equilibrado y un temperamento controlado capaz de afrontar las distintas situaciones que se le presenten. Finalmente, una voluntad libre de toda atadura, dispuesta a emprender la obra y comprender la urgencia de la tarea que le espera. *4ª Ser enviados y segregados para una obra específica, por la autoridad legítima* en nombre del Maestro, y como miembros de la comunidad de los discípulos de entre los que ha sido elegido pero no desligado (cf. AG 23).

Es el éxodo, salida o inicio de un camino de disponibilidad total, capaz de asumir con plenitud y autenticidad la vocación de llevar y realizar la voluntad salvadora de Dios Padre, más allá de las fronteras geográficas, culturales o religiosas, después de haber conseguido sobrepasar las barreras que su propio yo opone a la invitación que le ha sido dirigida por Jesucristo: compartir su vida, misión y actuación redentora.

1. *El éxodo de la fe y el primado del Único*

Los discípulos, llamados a seguir a Cristo en la misión, ante todo son invitados a colocar a Cristo en el centro como sentido de su vida y a cualificarse como “discípulos del Único”, a apasionarse por la verdad del Dios vivo que salva y libera. Este apasionamiento y entrega total se hace vida en los testigos. Sin embargo, antes han tenido que personalizar toda esa experiencia de fe; logro que se obtiene en la escucha y celebración de la Palabra, en la contemplación y en el diálogo con Dios. Esta personalización, aunque es necesaria para todo cristiano, constituye la piedra angular para el que acepta la vocación de convertirse en “ángel” del Padre ante todas las gentes. Sólo desde esta inmersión podrá levantar el edificio de la experiencia de Dios que ha de anunciar.

Jesús es el iniciador de esta nueva y singular forma de fe y confianza en Dios, al que considera y trata como Abba²⁹. Esta confianza se funda en el nuevo rostro de Dios que se le ha revelado y que él revela al “llamado a convivir con él”. Se manifiesta en su forma íntima de relacionarse con el Padre en la oración, en las experiencias de gozo y agonía. Se verifica en la fidelidad sostenida, que le mantiene en una confianza absoluta en Dios a través del fracaso histórico. Cuando la voluntad del Padre se hace oscura, la fe de Jesús se hace ciega. Los rasgos específicos y esenciales de la fe de Jesús habrán de constituir los viales de desarrollo de la fe del llamado para ser enviado:

1° *Jesús es un creyente en medio de la oscuridad y animado por el Espíritu*, que le conduce en la búsqueda. El no saber o no

²⁹ Cf. J. DUPUIS, *Introducción a la cristología* (Estella 1994) 212ss; J. GNILKA, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia* (Barcelona 1993) 164.

tenerlo todo claro es la condición de la fe de Jesús; su fe enfrenta las tentaciones; su itinerario conoce etapas de búsqueda y clarificación, momentos de crisis que postulan el ejercicio de la fe; opciones misioneras animadas por la fe y la confianza en el Padre.

Desde esta perspectiva, el misionero y el catequista, si han aprendido a creer al estilo de Cristo, deben creer desde la entraña de la historia humana, espacio donde se entretajan las semillas del Verbo y del Espíritu, pero también plagada de noches oscuras en las que faltan las seguridades humanas; será necesario aprender a creer en la escuela de la convivencia con el Maestro, el único capaz de enseñar la importancia de dejarse conducir por el Espíritu a través de los humildes caminos del Reino, especialmente cuando faltan las respuestas.

2° *La fe de Jesús se traduce en una profunda confianza en el Padre.* Jesús vive –y esto es lo que enseña a sus “convidados”– en continua intimidad con su Padre, cultivada unas veces en la oración solitaria y no pocas en la convivencia compasiva con la humanidad. Juan nos ha transmitido las distintas variantes de esa intimidad: a veces le brota la alabanza al Padre desde la experiencia gozosa de un Dios que mira con especial cariño a los pequeños; otras tiene que ejercitar la confianza en medio de su mismo drama humano. Jesús probó las duras exigencias de la voluntad del Padre y de su misión mesiánica³⁰. En medio de todo su drama, Jesús deja al Padre ser Dios, le deja que actúe libre y soberanamente, incluso cuando todos los signos parecían contrarios al Reino.

La convivencia con Cristo ha de animar a sus “enviados” a recuperar la dimensión mística y contemplativa propia de su actividad y existencia. En medio de la conflictividad, el misionero y el catequista deben ejercitarse en la intimidad y en el encuentro con el Dios-Padre. Por eso, la espiritualidad evangelizadora insiste en la necesidad de que el invitado a compartir la misión de Jesucristo sea un contemplativo desde la acción y desde el compromiso liberador. La fe del “llamado-enviado” ha de expresar una espiritualidad que no olvide la historia conflictiva de la humanidad.

³⁰ Cf. DUPUIS, 217.

Muchas veces se ha dicho que el evangelizador debe ser un contemplativo (RM 91). Sin embargo, no debe ser contemplativo solamente para asentar su existencia y recibir las fuerzas necesarias para realizar la misión encomendada. Esta primera perspectiva de la contemplación conlleva y urge la segunda: contemplativo para escuchar la palabra que el Padre quiere dirigir a los que no le conocen. Sólo desde esa actitud, el evangelizador será fiel transmisor e intermediario de la voluntad de Dios para el momento y situación actual de los destinatarios de su mensaje.

De ahí la singular necesidad y exigencia de que el enviado sea un profesional del diálogo y de la escucha contemplativa de Dios. Esas actitudes harán que asimile y comprenda verdadera y profundamente el mensaje; será testigo y anunciador de algo que ha escuchado a Dios y hecho suyo. Y así será percibido por quienes le escuchen y vean.

La contemplación le permitirá entrar en la intimidad divina, descubriendo cómo de la comunión intratrinitaria nace el amor y deseo del Padre de que todos los hombres acepten su paternidad y se decidan a construir la gran familia de Dios y fraternidad humana, al tiempo que profundiza en la voluntad y palabra del Padre. De igual modo, la contemplación tendrá de inmediato su expresión en la acción, caritativa, porque esa es la voluntad del Padre.

3º *La fe de Jesús resiste y se mantiene firme en la tentación, en la pasión y en el fracaso humano*, cuando todos los signos parecen anunciar un alejamiento o ausencia del Reino. En esas situaciones, cuando todas las posibilidades humanas se agotan³¹, la fe es creer en el poder de Dios.

Invitado a compartir el camino del Maestro, el evangelizador ha de imitar a Jesucristo y resistir firme, con una paciencia activa en medio de la prueba. El ejercicio de la fe exige y reviste la forma de una lucha contracultural y contrareligiosa en medio de la sociedad: en medio de los signos opuestos, la fe del enviado debe evocar la fe de Jesús como resistencia firme y paciencia activa.

³¹ Cf. G. BORNKAMM, *Jesús de Nazaret* (Salamanca 1977) 65.

No es fácil personalizar estos rasgos de la fe “cristiana”. Su aprendizaje exige un proceso de convivencia y cercanía. De ahí la invitación del Maestro a “convivir con él”, “seguirle”, “ver donde mora”... No se trata de aprender a “imitar”. El éxodo de la fe es un aprendizaje, lento pero firme, en el que se se va construyendo la naturaleza teologal del evangelizador: el elegido por Cristo es invitado a caminar con el Hijo, que vivió su éxodo del Padre permaneciendo totalmente inmerso en el Silencio de su origen y obrando siempre en directa relación al Otro. De este modo, los que responden a la invitación “Ven y sígueme” están siendo llamados a vivir escondidos en Dios (Col 3,3). La Palabra hecha carne y acogida en la fe convierte al discípulo en alguien que todo lo recibe de Dios y lo relaciona todo con el primado de Dios (por eso aludía a la primera nota teologal de la naturaleza del enviado). Sólo así podrá convertirse en el auténtico anunciador de la Palabra del Padre, la voluntad unida a la Voluntad, el testimonio de quien ve con claridad la cercanía de Dios.

Como muestra Jesús en su éxodo del Padre, estas razones no están en nosotros sino en el Otro que viene hasta nosotros, en aquel horizonte último que la fe reconoce revelado y regalado en Cristo. Esto conduce a afirmar y experimentar el *primado de Dios en la fe* y por ello, el primado de la dimensión contemplativa de la vida, entendida como unión fiel a Cristo en Dios, dando importancia a lo eterno que en Cristo se nos ha revelado. Sólo de ese modo el “llamado” puede convertirse en enviado en medio de las vicisitudes del mundo: vive desde la honda memoria del Dios con nosotros; por él puede jugarse la vida entera en el abandono que entraña la fe.

En su éxodo del Padre, Jesús se revela verdaderamente como el “autor y perfeccionador de la fe” (Hb 12,2), aquel que precediendo ha recorrido el camino y mostrado las virtudes a asumir en cada momento³². Conviviendo con el Maestro, el misionero y el catequista aprenden:

a) A poner la propia vida en las manos del Otro, para que éste sea su único y verdadero Señor. Asume y decid convertirse en prisionero del Dios invisible; acepta ser poseído en la escu-

³² Cf. F. MARTÍNEZ, “El que inicia y consuma nuestra fe. Creer cristianamente hoy”, en: *¿Quién decís que soy yo?...* 65-103.

cha obediente de su Palabra y de su Silencio. Esta condición se concreta, mediante la sumisión a la gracia y la confianza en las promesas divinas, en una existencia vivida como encuentro personal y abandono incondicional a Dios. De ese modo, la fortaleza del misionero y del catequista se abren a la disponibilidad absoluta, preparación necesaria para convertirse en “fiel mensajero” de la Palabra y del amor de Dios.

La existencia de fe es, por tanto, la conciencia de estar recibiendo constantemente la propia vida de manos de Dios y, al mismo tiempo y como respuesta, una entrega y abandono de sí a su verdad y a su amor en el seguimiento de Jesús.

b) A liberarse, primero de sí mismos: libres de la seducción de lo ya poseído o logrado y de la búsqueda obsesiva de seguridades humanas. En la convivencia del camino con el Maestro, el llamado aprende a creer sin evitar el escándalo o rehuir el riesgo; a creer, a pesar de ambas realidades. Aún más, debe tomar conciencia de que su fe se verá constantemente estimulada por esas realidades y habrá de fortalecerse en ellas. No aprenderá a creer porque ya cree; pero sí tendrá que aprender a confesar el amor de Dios, no obstante la no evidencia del amor en tantas situaciones terribles; aprenderá a esperar contra toda esperanza, crucificando las propias esperanzas en la cruz de Cristo.

c) De esta total dependencia del Padre, tanto en el misionero como en el catequista aparecerá la *conciencia de la propia relatividad*. Como individuo y como miembro de una comunidad, se reconoce instrumento y medio en manos del Padre; admite su relatividad frente al primado absoluto del Padre; ningún logro ni éxito puede apagar el ardor de la espera. En su condición de peregrino sabe que no puede caer en la presunción de haber logrado llegar ya a la meta, y estará atento para no caer en la tentación del éxtasis de lo ya cumplido.

La finalidad de quien realiza el ministerio evangelizador no es afianzarse en lo logrado. Lejos de toda actitud de triunfalismo, debe poseer una sensibilidad y pureza de intereses que agujonee su conciencia para que no olvide la urgencia del ministerio encomendado, y, al mismo tiempo, le capacite para descubrir en todo pueblo, cultura y religión, las *improntas de un Dios que prepara el encuentro definitivo con Cristo*.

Es la concreción de la nota de universalidad en quien realiza el ministerio evangelizador. En otras palabras, el sentido de “totalidad” es el elemento constitutivo del espíritu evangelizador: llegar a todos los hombres, a todo el hombre, a toda circunstancia, a todos los sectores de la sociedad y hasta los puntos neurálgicos del pensamiento y actividad humana para insertar allí el signo del Evangelio. Este sentido de totalidad es la caridad del Buen Pastor, propia de quien ha arriesgado todo para extender el Reino.

Igualmente, surge el *sentido profético* de escatología, siempre en urgente tensión hacia la restauración de todas las cosas en Cristo. El enviado debe esforzarse por ser un *signo de presencia de Dios*. Ama en el silencio de las circunstancias en que viven los otros hombres, sabiendo ver en tales circunstancias, que parecen “silencio de Dios”, la cercanía de la Palabra de un Dios que es Padre.

El enviado se hace consciente de que no anuncia sino la vida que vive, la de Dios. Y que esa vida es la que se transmite a través de la palabra que anuncia. No hay otro modo de hablar de Dios a los que no creen si no es mediante la comunicación de una experiencia encarnada en el “ángel” enviado. Una experiencia de Dios que debe sentir y vivir en sí mismo su presencia íntima, que se ha introducido en su alma, transformándola y abriéndola al conocimiento del misterio de Dios en Cristo y al misterio del hombre y del mundo.

La naturaleza teologal del evangelizador será la base desde la que podrá realizarse la acción expresiva de la caridad de Dios. En esa naturaleza se hallará personalizado y asimilado el mensaje que luego habrá de transmitir: el anuncio del mensaje evangélico no es la explicación de una doctrina teórica, sino la proclamación de la misma Palabra de Dios, que antes ha sido asimilada mediante el método elegido por Dios: en diálogo que envuelve todas las dimensiones de la persona. La vivencia de esa relación se convierte en sensibilidad respecto a las situaciones humanas concretas y actuales.

El enviado por Cristo, como miembro y parte de una Iglesia, se sabe parte del Reino iniciado y presente en el misterio de su propia vida (LG 3), pero también es consciente de que encarna la figura fugaz de este mundo. Y por lo mismo, no deja de ser consciente de que sigue hallándose en camino, necesitado

siempre de reformación, llamado a una incesante renovación y purificación.

En el estupor de la escucha y de la alabanza o en el servicio de la caridad, en el anuncio de la Palabra y en la celebración de los sacramentos, el misionero y el catequista saben que deben dejarse poseer más y más cada día por Dios, para “tender hacia la plenitud de la verdad divina, hasta que se cumplan en el/ella las palabras de Dios” (DV 8). Y cuando se haya cumplido esta realidad, el enviado podrá cantar su *Nunc dimittis*.

2. *El éxodo de la esperanza: para ser testigos del sentido del plan de Dios*

Esperar es una de las actitudes más elementales y primarias del ser humano. El hombre está esencialmente organizado para la esperanza por su condición de indigente e intrínseca limitación. Por ello, compromete a todo el hombre, lo mismo que la fe o el amor. Es una proyección hacia el futuro; una tensión suscitada, apoyada y sostenida por la palabra de Dios que revela al hombre su propio destino. En suma, la esperanza es característica indisociable del alma humana. Y, precisamente por ello, también es una virtud teologal, contexto y realización del mensaje salvífico aportado por Jesús.

La presencia del Reino, predicado y realizado por Jesucristo, inaugura una esperanza con garantías de pleno cumplimiento, pues no se basa en promesas sino en hechos cumplidos en una Persona, como primicia para todos los demás seres humanos. Pero esa esperanza debe vivirse en el tiempo, intermedio entre la salvación que ya se consumó en Jesús resucitado y la que se consumará en toda la humanidad. Y en ese tiempo intermedio, tiempo de esperanza y de responsabilidad, el misionero y el catequista son invitados a asumir el modelo de encarnación y mediación de Jesucristo, para lo cual habrán de aprender en la escuela de la convivencia con el Maestro que la esperanza tiene dos dimensiones importantes e inseparables: es un rasgo esencial de la espiritualidad de Jesús y, también, una actitud ética o forma de reaccionar y de conducirse en la vida concreta. Más de un acontecimiento pusieron a prueba la fidelidad y esperan-

za³³ del Maestro, pero Él se mantuvo firme y fiel, esperando la llegada del Reino a pesar de las vicisitudes contrarias de la vida. La espiritualidad de la esperanza de Jesús es, también, un aprendizaje que el misionero y el catequista de todos los tiempos deben hacer:

- Frente a la búsqueda de la implantación del Reino de forma inmediata y espectacular, donde la inmediatez parece una bendición de Dios, Jesús enseña que la inmediatez es siempre un enemigo mortal de la verdadera esperanza. Ésta sabe esperar y resistir, pues al tener que habérselas con los asuntos de Dios, ha de prestar especial atención a los caminos y ritmos elegidos por Dios, que siempre son definitivos pero no rápidos y expeditos.

- Jesús espera que Dios cumplirá sus promesas. Sin embargo, a lo largo de su vida, esta esperanza queda muchas veces privada de toda verificación o no hay signos evidentes. Esta deficiencia es agónica y dramática, por lo que a veces se corre la tentación de querer violentar y apresurar los planes de Dios usando vericuetos o atajos³⁴. Para Jesús, la esperanza está puesta en Dios y no en sus propios recursos humanos; asume la voluntad de Dios; confía en su promesa y respeta sus planes

³³ Los relatos de las tentaciones y su superación revelan la calidad y el sentido de la esperanza de Jesús. Ceder a tales tentaciones hubiera significado para él un triunfo deslumbrante, por la vía rápida del milagro, una implantación espectacular e inmediata del Reino (cf. Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Su propia condena, pasión y muerte fueron la prueba más dura para su esperanza. Su agonía en Getsemaní lo pone bien de manifiesto (Mt 26,36-46; Mc 14,32-42; Lc 22,39-46). Es la última gran tentación a la esperanza: ahora no se trata de un problema de ritmo en la venida del Reino, sino que se cuestiona si en vez de la llegada del Reino de Dios lo que aparece próximo es el fracaso definitivo de la propia vida. Sin embargo, Jesús se mantiene fiel a la voluntad de su Padre. Sigue esperando, porque confía en Dios (cf. F. MARTINEZ, *El milagro de la esperanza* [Caracas 1999]).

³⁴ Ejemplo de ello han sido las teorías expresadas en el pasado, y utilizadas a veces en tratados de misionología (cf. J. DE ACOSTA, *De promulgatione Evangelii apud barbaros sive de procuranda Indorum salute libri sex* [Salmanticae 1588]). Son llamativas las reacciones contra esa forma de entender la actividad misionera (cf. B. DE LAS CASAS, *De unico vocationis modo... Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* [México 1942]; M. DE BENAVIDES, *Tratado segundo. De la preparación evnagélica y de el modo de predicar el sancto evangelio*, ms. del Archivo dominicano de Ávila, secc. Tratados, n. 7).

y caminos de salvación pues, contra toda evidencia, espera que el plan de Dios sobre esta humanidad se está realizando.

- Esta confianza no es incauta, pues Él sabe bien lo que hay en el corazón del ser humano. Por el contrario, es firme y, al mismo tiempo, responsable y comprometida. No se basa en un optimismo ingenuo o ciego. Bebió el cáliz del dolor, plantando cara a la realidad; se mantuvo fiel y se enfrentó al mal para cambiar las cosas. Por eso supo, y experimentó en carne propia, que la esperanza auténtica no puede darse sin paciencia.

- Fundamentada en la virtud de la fe y de la caridad, la esperanza exige confianza a quien realiza el ministerio evangelizador. A pesar de todo mal e injusticia, que someten a prueba la fe y la esperanza del misionero y el catequista, el sentido y destino de la historia marcha en pos de la salvación, que nos es ofrecida como destino final. Esta confianza engendra paciencia y sustenta la esperanza (Rm 5,3-5), pero no debemos entender la paciencia como una pasividad irresponsable. El enviado debe ser muy consciente –y para eso ha sido invitado aprender en la cercanía de Jesús– que la salvación es gracia, pero también es compromiso y responsabilidad. AG 23 hablaba de unos rasgos psicológicos en el evangelizador. Esos rasgos psicológicos son más adecuados si van envueltos en esperanza, ya que esta virtud aumenta la paciencia, la paz, la seguridad, la responsabilidad, el aguante frente a la dificultad, frutos todos ellos de la esperanza cristiana.

- La fuerza de la fe ha de convertir la esperanza en gratuidad. Las palabras de Jesús a sus allegados son claras: “gratis habéis recibido...”. Actuar con gratuidad en el quehacer con respecto a Dios y a los demás significa no buscar la gratificación inmediata, sino que se realiza basado ante todo en promesas de futuro (Mt supone este espíritu cuando en el Sermón del Monte llama a la gratuidad en la actuación [Mt 6,1 ss]).

Desde la experiencia de gratuidad, aprendida en la convivencia con el Maestro, los evangelizadores deben ser *testigos del sentido de la vida y de la historia*: enviados a predicar y colaborar en la salvación de la humanidad, vivirán en y por la patria surgida de la resurrección de Cristo; dispuestos a pagar el precio de la fidelidad a ella en la ocupación de cada día, ya que

sólo de ese modo podrán ser testigos de esperanza para los demás³⁵. Pero será exigencia indispensable que el enviado viva la ilusión por la verdad revelada por Cristo, sólo así podrá vivir como peregrino y dar testimonio de ese caminar hacia la patria definitiva.

Su vida será testimonio anunciador, pues:

1º Amar la verdad revelada por Cristo significará para el misionero y el catequista caminar en la certeza de que se cumplirán las promesas de Dios reveladas en la persona y vida de Jesucristo. Gracias a ello, estarán dispuestos a construir su modo de vida pagando el precio que esa verdad exija. Este será el modo de asegurar la autenticidad del testimonio de la esperanza que no defrauda: mediante su misma vida, el evangelizador será el primer testigo del sentido de la existencia; y desde su conciencia adulta y deseosa de agradar a Dios en todo estarán en predisposición de demostrar ante cualquier opción la importancia suprema del más alto sentido de la vida y de la historia.

Esta actitud será el mejor antídoto contra el miedo que siempre puede aparecer en la vida del enviado “en medio de lobos”. Si la esperanza es un constitutivo del ser humano, el miedo es su acompañante continuo, y puede presentarse en distintos momentos.

Recorriendo las páginas evangélicas, en la convivencia de Jesús con sus discípulos más allegados, encontramos cuatro pasajes en donde se precisan situaciones en las que el miedo puede atenazar a los discípulos. Son ejemplos propedeúticos y pueden servir como indicación alertadora para el apóstol de todo tiempo y lugar. El miedo puede aparecer:

a) Al iniciar la misión (Mt 10,26). La misión a la que llama Jesús tiene un enorme riesgo, pues acarrea persecución. El miedo a la persecución o la muerte suele encontrar en el evangelizador dos salidas de emergencia: huir con distintas excusas, abandonando la misión. La otra salida es ocultar el mensaje, limando aristas o acomodándole de forma que resulte tolerable, inocuo y hasta grato a los oídos. Si la primera salida es una

³⁵ Cf. M. A. ASIAIN, *Gritando nuestra esperanza* (Salamanca 1978); S. GALILEA, *Espiritualidad de la esperanza* (Madrid 1988); P. DELHAYE-J. BOULANGE, *Esperanza y vida cristiana* (Madrid 1978).

falta de confianza en Aquel que es su fuerza, la segunda es una traición a quien le encomendó su Palabra.

b) En las tempestades que envuelven toda vocación (Mt 8,26). Fuerzas poderosas se opusieron y se opondrán siempre a los seguidores de Jesús, poniendo su vida en peligro. Como en la tempestad del lago, los enviados parecen navegar solos mientras Jesús parece distante o callado. El miedo al conflicto les hace zozobrar, ver fantasmas por todas partes y, en definitiva, hundirse.

c) En el posible sufrimiento o pasión (“subida a Jerusalén” Mc 10,32), destino inapelable de todos los que aceptan realizar un servicio salvífico. Es la tentación de quienes piensan y obran movidos por un mesianismo triunfante, una obra de honores. Todos ellos tendrán miedo al sufrimiento y a no triunfar; tienen miedo por la propia vida.

d) Ante la debilidad de la propia fe y el encuentro con el Resucitado. Como entonces, el miedo atenaza a quienes no han asumido el camino del sufrimiento y de la humillación como el itinerario de Jesús y de sus enviados. Es el miedo de quien ve cómo cada día se debilita su fe y le cuesta más y más aceptar que el Resucitado vive y actúa en él.

La victoria frente a estas situaciones de miedo no se consigue mediante la fuerza de voluntad o propósitos de enmienda. Será necesaria una enorme dosis de humildad, y el miedo nunca se viste de humildad, sino que por el contrario tiende a disfrazarse de exhibición, coraje, actitudes tiránicas, rigidez, legalismo, intransigencia o intolerancia. La única victoria contra ese miedo es la fe radical en Jesús, el Señor. Una fe que confía en el triunfo definitivo de los planes de Dios más allá de la cruz y de la muerte. Este paso al nivel teologal es el desafío más radical para el evangelizador. No existe paso del miedo a la esperanza sino a través de la fe. La experiencia contemplativa es la base de la esperanza. Los tres días de Pablo en Damasco, para procesar su encuentro con el Resucitado, son un símbolo para el misionero y el catequista de hoy. Cuando el miedo atenaza es porque hay muchas escamas que obturan la visión o contemplación de los planes de Dios.

2° La fe y la caridad se unen a la esperanza. En la conjunción de las tres virtudes, el elegido y enviado configura su existencia por el mismo camino de éxodo de Jesús hacia el Padre.

Gracias a la fuerza del Espíritu, el discípulo se halla unido al Padre y encuentra sentido en su éxodo hacia Él en Jesucristo. La esperanza no es la simple espera en la que se proyectan los deseos del corazón. La esperanza es un don de lo alto; anticipación del futuro que Dios obra ya en el corazón de la historia y que, al mismo tiempo, cumple todas las esperanzas humanas más profundas.

La meta revelada en el éxodo de Jesús hacia el Padre da lugar a dos realidades, no contrarias pero sí distintas: la primera hace que el misionero o catequista se comprendan y vivan como extranjeros y peregrinos en este mundo, en camino hacia el Padre; auténticos “sin patria”, impulsados siempre por la actitud de “estar saliendo”. Segunda, ello no impide que a la vez sean conscientes de que no pueden olvidarse de la realidad de este mundo, en donde deben aparecer como estímulo constante en favor de la justicia y de la paz, y como salvaguarda de la creación.

La esperanza de la que “dan razón” es una esperanza encarnada, responsable, comprometida y militante. Cuando el evangelizador cruza sus brazos ante el mal, la injusticia y el sufrimiento de las personas, entonces deja de ser el “enviado de Jesucristo”. Una de las notas esenciales de la espiritualidad del “enviado” es la confianza que lo espera todo de Dios, pero también sabiéndose responsable de todo ante Él.

Y por esta misma responsabilidad no podrá conformarse con los logros de la promoción humana. Apunta más allá: busca la consumación de la salvación integral del hombre. Será consciente de que esa salvación es producto de la gracia de Dios, pero no olvidará que él está al servicio de ese proyecto de superación de todo mal y obtención de la participación plena en la vida de Dios.

3° La fuerza vital, que nace del encuentro con el Dios de la esperanza, se hace visible en la opción radical por los valores evangélicos, bajo la característica de la pobreza. El misionero y el catequista serán el “pobre del Señor”, elemento identificador propio de quien deposita en Dios toda su confianza y actúan consecuentemente en la historia. El llamado por Jesucristo es aquel que asume su misión asumiendo las continuas sorpresas del Eterno y, por lo mismo, renuncia a orientar desde sí mismo la propia vida, para convertirse en “enviado”.

Vivir el espíritu de pobreza significa estar abierto al Eterno y libre de sí para pertenecerle totalmente; siempre dispuesto para ir allá a donde le envíe y dejarse alcanzar y sorprender por las novedades que ponga delante; preparado para abandonar toda seguridad lograda y reiniciar siempre un camino hacia nuevas fronteras donde podrá vivir y habitar en la fidelidad siempre sorprendente de Dios. La esperanza es la hermana de la fe y vive del amor que viene de Dios. Y las tres conforman la identidad del enviado hacia los horizontes más dispares y donde habrá de vivir la resurrección de Jesús en una vida fundamentada sólo en la total confianza en Dios. Esta pobreza-confianza le liberará de todas las ataduras para servir al Reino hasta el final y más allá de todas las fronteras.

4° Una última dimensión de la esperanza es la alegría y el gozo. El que asume el ministerio del evangelio está llamado, porque su vida lo es, a ser anticipación militante del gozo de la vida eterna. A pesar de todas las contradicciones del tiempo presente, el discípulo enviado debe vivir ya ahora alegre por la esperanza, pues su alegría no nace de la presunción de estar edificando una escala hacia el cielo, sino que brota y se apoya en dos firmes puntales: en la resurrección del Maestro, quien le asegura la verdadera vida ahora y más allá del tiempo, y en la certeza de que el Espíritu –también enviado– está ya ocupado en la edificación del futuro prometido por Dios en los días del discípulo enviado.

Toda la existencia y actuación del discípulo enviado a predicar consiste –como sucedía en la vida del Maestro– en vivir ante el Padre, en el seguimiento propuesto por Jesucristo, mediante la gracia del Espíritu Santo. La misión del catequista o del misionero, como discípulo del Hijo, es el anuncio de la esperanza; pero su disposición constante será de optimismo y alegría en la vida personal, social e histórica por el gozo de ser apóstol. En esa espiritualidad de éxodo, en la que se han quemado todas las naves para no dar marcha atrás, el discípulo puede abrazar esa disponibilidad personal que le permitirá “encarnarse” o ser enterrado, como el grano de trigo, en el pueblo o ambiente a donde haya sido enviado a evangelizar.

3. *El éxodo del amor: para ser siervos de la caridad*

Jesús es el pionero y modelo perfecto de la caridad: en su vida y mensaje encontramos una epifanía personal del misterio de Dios Amor. Y es ese Amor el que explica el acontecimiento de Jesucristo, acontecimiento en el que no se produce separación entre Padre e Hijo (Jn 8,29; 16,32). Esta unidad íntima y permanente, este amor entre Padre e Hijo viene expresado en el evangelio de Juan mediante la combinación de dos verbos que significan “permanecer”³⁶. El Padre “permanece” en el Hijo y, viceversa, en una perfecta comunión de Vida, Gloria, Verdad y de Querer. Imitando esta mutua inmanencia del Padre y del Hijo, los hombres son invitados a “permanecer” en el Hijo, a existir en él y por él, a mantenerse en su enseñanza y en su amor (Jn 15,4-10; 1 Jn 4,13-16).

La invitación a “permanecer” en el Hijo adquiere un significado mucho más claro y específico cuando va dirigida a quienes el Hijo desea encomendar la prosecución de su misión. La invitación a convivir con él adquiere un doble sentido de motivación y realización para la misión: aquellos que han sido llamados por Jesús “para que le acompañen y para enviarlos a predicar”, pueden conformar con él una perfecta comunión de vida, gloria, verdad y querer. Ellos, mediante el aprendizaje cercano para “configurarse con Cristo”, se convierten en continuación del Ágape de Dios a toda la humanidad; fieles anunciadores de su vida y de su palabra; embajadores y transmisores de su vida y su amor.

Sin embargo, hay otra dimensión que el misionero y el catequista también deben realizar: la mediación del amor ascendente a Dios. Si el Hijo es la expresión perfecta del movimiento descendente del Amor de Dios, también es el eje del movimiento ascendente del amor de los hombres hacia Dios. Por ello, los enviados del Maestro habrán de intentar convertirse en ese eje, permaneciendo en el Hijo, que motive el amor ascendente de los hombres hacia Dios. Esta es la doble característica de este éxo-

³⁶ Sobre este verbo puede verse: I. DE LA POTTERIE, “L’emploi du verbe *demeurer* dans la mystique johannique”: *NRT* (1995) 843-859; J. M. CASABO SUQUÉ, *La teología moral en San Juan* (Madrid 1970) 262-266; A. FEUILLET, *Le mystère de l’amour divin dans la théologie johannique* (Paris 1972) 95-105.

do: llegar a convertirse en “siervo de la caridad” en las dos direcciones.

Y en este “permanecer” en Jesús, que vive su éxodo de sí hasta la entrega suprema de la cruz, descuella con luz propia la caridad. El elegido para ser enviado ha de encarnar y transmitir el amor de Dios a todos los hombres. Su consigna será la que Pablo confesaba a los tesalonicenses (1 Ts 2,8). Todo aquel que ha sido invitado a seguir la senda evangelizadora es llamado a hacerse *siervo de la caridad*. “Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del evangelio” (EN 79). Ellos anuncian a Cristo, sobre todo, viviendo el éxodo de sí sin retorno³⁷.

Si Dios se ha revelado como amor en el éxodo de Jesús, Él se revelará igualmente en el enviado que viva en la entrega suprema de sí por el amor. Esa entrega o don será “la fuerza de la misión” (RM 60), la vivencia espiritual que anima y nutre al misionero o catequista³⁸ en el duro camino de convertirse en presencia epifánica de Cristo: un amor misericordioso abierto a todo ser humano, pero especialmente a aquellos más débiles y más pobres (EN 6), sin limitaciones geográficas, culturales o sociológicas. Un amor misericordioso que preste atención a todos los necesitados, porque:

1° Si Cristo ocupa el centro de la vida del “llamado y enviado”, si él es aquel de quien el discípulo está colgado e iluminado por la vida de la resurrección, entonces el enviado no podrá rehuir la historia de sufrimiento y de lágrimas en la que Aquél entró y en la que plantó su cruz para que desde ella se extendiera el poder de una nueva vida. Los “predicadores” de esa Verdad que salva aceptan acompañar al Maestro en el servicio al prójimo. No se cumple el mandato del Maestro que envía, ni se construye el futuro prometido en el presente de los hombres,

³⁷ Los signos de ese amor en el apóstol tendrán como características las siguientes: dedicarse, sin reservas y sin mirar atrás, al anuncio de Jesucristo y su evangelio; respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona a quien evangeliza; gran cuidado para no herir a los demás, sobre todo si son débiles en la fe; esfuerzo para transmitir certezas sólidas basadas en la palabra de Dios y no dudas e incertidumbres... (RM 60).

³⁸ Ese amor es “el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno” (RM 6).

huyendo de las responsabilidades del servicio. Pero no un servicio de espectaculares resultados, sino un servicio discreto y solidario, que sabe convertirse en compañía y sabe andar el camino en comunión, irradiando aquella profesión “gratis habéis recibido, dadlo gratis”. La caridad otorga al apóstol la capacidad de acercarse y acoger a los más pobres, los sencillos y pequeños de este mundo³⁹. Evangelización y promoción humana son deberes unidos. La construcción del muno no desemboca directamente en el Reino de Dios (una cosa es la liberación y promoción del hombre a nivel de la historia y otra la comunión de los hombres con Dios en un futuro intrahistórico), pero existe un lazo misterioso entre el proceso histórico de liberación humana y la realización del Reino. Podríamos hablar de una cierta continuidad entre la construcción de un muno más humano, conforme al designio de Dios, y el advenimiento del Reino. El misionero, en la palabra que comunica, se convierte en creador de solidaridad y promoción (SRS 41) desde la propia vivencia de la caridad salvífica de la que él ha sido el primer

³⁹ No me detengo, en la proyección de la caridad como promoción humana de los más necesitados. Baste sólo decir, que el “siervo de la caridad” debe desarrollar su amor siempre en la línea del misterio de la encarnación, insertándose en todas las situaciones culturales, sociológicas, históricas o económicas que necesiten la atención de la caridad cristiana. La relación entre evangelización y promoción humana se especifica en torno a tres grandes vínculos: el antropológico, porque el ser humano evangelizado es también un sujeto con problemas sociales y económicos; teológico, pues no puede disociarse el plan de redención de las situaciones en las que vive el hombre y vínculos de orden evangélico. ¿Cómo proclamar un mandamiento nuevo sin promover mediante la justicia y la paz, el verdadero y auténtico crecimiento del hombre (EN 31). La línea específica de la actividad misionera en todas sus “vías operativas” o caminos de misión es la de la caridad, como realización de los valores evangélicos contenidos en las bienaventuranzas y el mandato del amor (RM 60). La acción del misionero es la prolongación de la misión del Señor, en su doble presencia de cercanía y trascendencia, que se acerca al hombre concreto para liberarlo de la opresión del pecado y de sus consecuencias. Esta liberación es integral, porque se realiza en la verdad de la donación y en una perspectiva de esperanza (RM 91). La inserción del evangelio en las circunstancias concretas se aplica especialmente en las situaciones de desarrollo y en las de marginación e injusticia (RM 58). La acción caritativa de la evangelización tiende a promover al hombre en cuanto tal, en toda su integridad. Si el evangelio propone y promueve un nuevo modelo de hombre, la evangelización habrá de intentar salvarlo en su integridad, respetando la multiformidad de culturas, y logrando que sea protagonista de su propio desarrollo y libre del dominio de cualquier tipo de esclavitud.

beneficiado., para comunicarles el amor preferencial que por ellos mostró Cristo.

2° A los “convidados” del “siervo del Amor del Padre” se les pide audacia de gestos significativos e inequívocos de caridad en su seguimiento. Pero no gestos grandilocuentes, sino signos que hagan creíble el anuncio que pronuncian y lo llenen de la hondura de Aquel que es el amor fontal (AG 2).

El testimonio de quien ejerce el ministerio evangelizador es más exigente que nunca, pues ante la difusa desconfianza sobre la posibilidad de amar hasta el extremo y para siempre, resulta importante anunciar hoy la buena nueva de la caridad de Dios, el mensaje gozoso y renovador de que Dios “tanto amó al mundo, que nos dio a su Hijo unigénito” (Jn 3,16), y que Éste nos ha amado y se ha entregado para hacernos capaces de amar (Ga 2,20).

3° De la participación en el éxodo de Jesús, el “invitado a acompañarle” obtiene una profunda experiencia de libertad y de gratuidad. Libre por la fe, el apóstol se acepta siervo por el amor recibido. Del mismo modo que el amor divino es motivado sólo por el gozo irradiante de amar, así el amor del discípulo es tanto más verdadero y creíble cuanto más rehúsa el cálculo y el interés egoísta y se zambulle sin reservas en el éxodo de sí sin retorno (1 Co 13,4-7). La manifestación de esta gratuidad es el amor capaz de querer al otro tal como es, no para poseerle o someterle, sino para elevarle y otorgarle la posibilidad de la libertad de la fe. De este amor es signo el compromiso de solidaridad con los caídos en el camino de la historia.

4° Pero para ello, es necesario que el vocacionado para la misión sepa relativizar todos los valores del mundo. A la luz del horizonte del amor, abierto por la esperanza de Cristo, todo el resto aparece como “penúltimo” y siempre supeditado al juicio de la promesa del Señor.

El amor aprendido en la convivencia con el Maestro entraña en sí mismo la plena disponibilidad al servicio. Esa disponibilidad impulsa al evangelizador a dejarlo todo para embarcarse en la peregrinación o consagración de por vida a la causa de predicar el evangelio. Por esta razón, será siempre un peregrino, viviendo bajo el signo del exilio y del combate (LG 48), porque ha depuesto del primer lugar a todo interés o cálculo mundano

y en su lugar ha colocado el interés exclusivo por la causa del Reino y su justicia.

Recorriendo el camino de la asimilación de las “bienaventuranzas”, el enviado se transforma en un signo del sermón de la Montaña o en un signo de las bienaventuranzas (RM 91). Este es el principio del servicio en la caridad y la base de la disposición filial para poder decir “Padre Nuestro”. La familia humana se vuelve familia de Dios en la medida en que existe, en los discípulos enviados, la fisonomía de Dios amor. De ahí la *necesidad teológica* de que el evangelizador sea santo (RM 90-91)⁴⁰.

4. *El éxodo de la comunión: para ser constructores de ecclesia*

Todo mensajero de Cristo, para ser fiel a quien le ha elegido y enviado, ha de encarnar la semejanza más sincera para ser reflejo válido de quien vino a servir y a dar testimonio de la Verdad. En esta doble vertiente, de servicio e interpelación, el mensajero se convertirá en signo y puente de comunión. Y lo será en el ámbito terreno y en el campo de la fe.

1° *En el ámbito terreno*, el enviado por Cristo será comunión y servicio activo en todo lo que se refiera a la dignidad y alcance de la vida humana plena. Su servicio bondadoso será expresión, no de una superioridad cultural, sino de una comunión que inyecta la voluntad de Dios en los acontecimientos y realidades humanas para transformarlos y mejorarlos para bien de la vida humana. Desde la comunión cobra pleno significado el servicio a la vida humana.

La relación entre evangelización y promoción humana no es efímera ni lateral, sino que se postula a través de tres grandes vínculos: el primero es de orden antropológico, pues el hombre al que hay que transmitir la voluntad salvadora del Padre no es un sujeto abstracto, sino sujeto a los problemas sociales y económicos, muchas veces con un alto índice de inhumanidad. Otro vínculo es de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de redención de las situaciones concretas antievangélicas, que impiden la realización de la voluntad amorosa de Dios

⁴⁰ Cf. C. GARCÍA EXTREMEÑO, *Una nueva época misionera* (Madrid 1995) 239-242.

hacia el hombre. Finalmente, otro es de orden eminentemente evangélico: la caridad (EN 31).

Ciertamente, la construcción de un mundo mejor no desemboca en el Reino de Dios: una cosa es la liberación y promoción del hombre a nivel de la historia y otra la comunión de los hombres con Dios, en un futuro intrahistórico. Por supuesto, no existe una relación causa-efecto entre las luchas humanas por la liberación del hombre y la salvación escatológica, pero gracias a la actividad evangelizadora de los enviados, ambas realidades alcanzan un nuevo sentido: la actividad de los enviados⁴¹ de Cristo convierte la historia profana y los afanes de promoción humana en gracias de salvación y sacramento eficaz del advenimiento del Reino. La presencia de los “agentes de Jesucristo” instaura un lazo misterioso que vincula el proceso de liberación humana y la realización del Reino. Como “puentes de comunión”, los “enviados” establecen la continuidad entre la construcción de un mundo más humano, conforme al designio de Dios, y el advenimiento del Reino de Dios.

2° *En el terreno de la vida de fe*, la actividad del misionero/catequista se convierte en servicio e interpelación para la construcción de la asamblea de creyentes. Este es uno de los objetivos específicos de la misión encargada por Jesucristo a sus “heraldos”: la constitución de nuevas comunidades en donde se viva y refleje la fuerza del amor de Dios volcado hacia la humanidad.

Estas comunidades han de ser el fruto de la experiencia adquirida por los elegidos en su convivencia con Cristo; un reflejo de la vida y voluntad del Dios Amor. Para este proyecto, de constructor de la comunidad o plantador de una nueva vida, el misionero o catequista debe aprender algunas actitudes esenciales que faciliten la vida cristiana e insuflen el auténtico espíritu que da vida a la nueva congregación de seguidores de

⁴¹ La actividad servicial del enviado es prolongación de la misión del Señor, en su doble línea de cercanía y trascendencia. Cristo se acerca al hombre concreto en las situaciones de desarrollo y en las de marginación e injusticia, para lograr su “desarrollo integral y la liberación de toda opresión” (RM 58), y como nos recordaba Pablo VI: “la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” (EN 29).

ritu que da vida a la nueva congregación de seguidores de Jesucristo: la comunión.

El ministerio –en todas sus formas– se vive en la Iglesia en comunión. La *unitas missionis* es un contexto absolutamente imprescindible para legitimar cualquier iniciativa apostólica. Si hay unidad de misión es porque todas las funciones y ministerios al interno de la comunidad conducen hacia la única misión encomendada a la Iglesia. De esto se deduce que el misionero y el catequista deben aprender que su vocación no se vive en aislamiento y al margen de los demás ministerios, pues su espiritualidad es para “la comunión”, ya que cada una de las vertientes de su experiencia vivencial con Cristo tiene la fuerza anticipatoria de ser germen para la unidad de corazón y alma en Cristo de todos los que acojan su mensaje y formen esa “comunidad de Jesús”.

La universalidad de la comunión hacia fuera, es decir hacia todos los hombres, no debe hacer olvidar que esa misma comunión es universal hacia dentro, en el sentido que reclama al hombre entero; tiende a informarlo totalmente y no puede afirmar que haya conseguido su propia medida, mientras no renueve efectivamente al nuevo creyente en la totalidad de su ser, de sus criterios de acción y de las diversas manifestaciones de su vida práctica. Es el nacimiento del hombre nuevo, miembro de la ecclesia, convertido en agente de comunión.

Gracias a este nuevo nacimiento, y en palabras del Apocalipsis, la comunidad pasa a convertirse en “morada de Dios entre los hombres” (Ap 21,1-4), asamblea de personas que creen en Dios; comunidad en la que se mantiene viva la visión de un “cielo y una tierra nueva” sobre la base de una continua referencia a Jesucristo, quien sigue vivo en la comunidad que es fiel testimonio de una praxis conforme al Reino de Dios inaugurado por el Hijo del Padre.

Esta “asamblea de Dios” es una fraternidad de iguales, que se reparten las distintas funciones y ministerios, para mejor cumplir el encargo que su Señor dejó: ser su instrumento de salvación hasta el fin de los tiempos. Pablo, el mejor ejemplo de apóstol para todos los tiempos, nos indica la senda y las actitudes que han de encarnar el catequista y el misionero que deseen construir comunión y ecclesia:

a) *Armonía con el prójimo*. Armonizar en lo esencial de la ley o recitar el credo juntos, puede hacerse, pero estar en armonía incluso en lo secundario es más difícil. No se trata de tener todos las mismas ideas, sino cuidar que los pensamientos, apreciación de las cosas, sentimientos e inteligencia sepan someterse para asegurar una cierta unidad de pensamiento, de gustos y sentimientos con los otros. En la medida en que el movimiento profundo del espíritu y del corazón crecen hacia la escucha y hacia la paz, ya no hay oposiciones. Naturalmente, siempre hay divergencias, pero éstas sirven sólo para enriquecer la comunidad.

Pablo escribía: “andad de acuerdo” (2 Co 13,11). Con esa expresión pretendía que el amor limara las espinas excesivamente punzantes, los extremismos de toda clase, pues aunque a veces son útiles ya que obligan a moverse y preguntarse a otros, sin embargo también pueden oponer serias trabas para la construcción de la comunión. Es primordial que el catequista o el misionero aprendan la importancia de crear siempre un clima de “simpatía” que, como su significado expresa, sirve para experimentar en asamblea las mismas cosas.

Desde el servicio a la caridad, el enviado ha predicado el mandamiento de “amarnos como hermanos”, pero en la misma expresión hay un desarrollo al que el evangelizador debe prestar atención para completar su objetivo. Somos hermanos porque somos hijos del Padre, pero en la expresión semita, la palabra “hermano” tiene otros significados: hermano es el que pertenece al mismo Pueblo de Dios, el que tiene la misma religión, y los discípulos que tienen el mismo maestro. En el caso de los creyentes en Cristo se realizan los tres significados. Así deben entenderse las palabras de Pedro: “Purificados ya internamente por la respuesta a la verdad, que lleva al cariño sincero por los hermanos, amaos unos a otros de corazón e intensamente. Porque habéis vuelto a nacer... por medio de la palabra de Dios viva y permanente” (1 P 1,22-23).

b) *La “philadelphia”*. Etimológicamente significaría “amor al hermano” en una muestra de cariño y rivalizando en la estima mutua (Rm 12,10). La excelencia de la estima está en que se trata de la caridad del espíritu. Es el don de un pensamiento favorable que, desde el momento en que se vive sinceramente,

abraza a toda la persona y otorga a cualquier aspecto de la caridad una dimensión más amplia.

En el ejemplo recibido, el invitado a convivir con Cristo ha comprobado (en su misma persona) que Él estimó a toda persona que encontró en su camino. La estima exige que se reconozca en el hermano su valor real: por ser él y porque es estimado por el Padre. Para llegar a esta estima es necesario descubrir en cualquier hermano aquello que realmente tienen de estimable, pero no puede realizarse este descubrimiento sin el “amor que se les da”; amor que entraña simpatía; que se interesa por los otros y gusta de contemplar lo que tienen de bueno. No se trata de una estima ingenuamente optimista, que permanecería ciega ante el mal, pero tampoco puede ser una estima sin ilusión, pues está convencida de la potencia de la gracia y la influencia salvadora de Cristo, capaces de dominar las imperfecciones y elevar al hermano a la santidad.

No se trataría de un amor sentimental y abstracto, sino que el evangelizador ha aprendido a convertir el amor en señales de honor y de preeminencia. La formación de la “ecclesia” exige estos comportamientos de delicadeza que se expresarían en “señales de honor”. Es la ternura de Cristo para con los hombres, la que el apóstol ha de aprender para enseñar.

Ahí estaría el origen del beso de la paz, manifestación de la ternura fraternal y que aparece ya desde los primeros ágapes de la naciente comunidad cristiana. Cuando Pablo invita a los romanos a saludarse unos a otros es para manifestar su “comunidad-entendimiento fraterno”. Por ello, más que beso de la paz tenemos que entenderlo como gesto de la ternura y entendimiento. Así lo significa Pedro, el apóstol que aprendió esta dimensión a costa de sus propias lágrimas y en la experiencia de la ternura que logró hacer de él una persona nueva: “Saludaos unos a otros con el beso fraterno” (1 P 5,14).

c) La “*philostorgia*”. Unida a la anterior, implica una actitud activa: se quiere amar a los hermanos con cariño (“como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros” [Rm 12,10]): la comunidad es el lugar en el que uno es dichoso de poder amar. San Pablo está indicando a los misioneros y catequistas de hoy que propongan y vivan como forma de comunión este afecto familiar y espontáneo que, desde el respeto, construye la familia de los hijos de Dios.

La caridad dirigida hacia la comunión para formar la ecclesia de los salvados pasa por saber amar a los hombres según la carne y según el Señor. Aunando ambos sentimientos, los evangelizadores aportan una nueva dimensión a la comunión eclesial: la unión del amor humano y el amor según el Señor; evita el amor carnal y la frialdad del amor espiritual, para convertirlo en amor fraternal o amor a todos los hijos de Dios. De ese modo, la comunidad de los cristianos siempre estará preparada para extender y ampliar ese amor y será el gran laboratorio donde el amor, desde el aprendizaje interior, se extiende hacia toda la humanidad. La ternura al interior de la comunidad es sólo el inicio para extender esa ternura fraternal a toda la humanidad y no caer en el egoísmo⁴².

Esto nos conduce hacia la gran verdad de la misión: desde el momento en que una comunidad cristiana deja de estar abierta al exterior, sea cual sea la grandeza del amor fraterno que une a sus miembros, la comunidad se hace egoísta y deja de ser misionera.

En el otro extremo podemos encontrarnos con una comunidad cristiana que no fabrique ese amor fraternal interior. Tampoco en ella podrán aparecer las vocaciones evangelizadoras, pues esta vocación, aunque procede originariamente de Dios, se aposenta allí donde encuentra unos primeros fundamentos para lograr los frutos que se esperan. Esta posibilidad debe ser tenida muy en cuenta por el evangelizador: la plantación de la Iglesia no consiste en el logro de estructuras eclesiales visibles que establezcan una institución en torno al obispo y su presbiterio. Esta exigencia se une a la convocación y formación de una comunidad de fe, esperanza y caridad en Cristo. La comunidad-ecclesia nueva no puede ser sólo un organismo que disponga de los medios de salvación, debe ser también una comunidad de creyentes unidos en la *koinonía* visible de Cristo (LG 9)⁴³.

⁴² Cf. J. LOEW, *Seréis mis discípulos* (Madrid 1978) 154ss.

⁴³ En pocas palabras LG 9 establece las líneas fundamentales del objetivo evangelizador. Primera, de igual modo que en la vocación, también en la congregación de la Iglesia, es Dios quien toma la iniciativa y congrega. El origen de las dos iniciativas está indicando que ambas son coincidentes en el mismo objetivo, y por tanto, ambas deben coincidir en sus esfuerzos. El misionero/catequista es enviado por iniciativa de Dios

Si la misión tiende a lograr la plena reconciliación del hombre con Dios, entre los hombres y con la creación entera, cuando se vive la comunión de hermanos se está cumpliendo la misión. La convocación a esta koinonía, en acto ya en el testimonio kerigmático y aprendido antes en la convivencia con Cristo dentro de la comunidad cristiana, está a la base de toda constitución de una Iglesia nueva; y la reunión de los creyentes que de ello resulta es la Iglesia en su sentido fuerte de Reino de Dios, en estado incoativo. Por tanto, plantar la Iglesia significa, ante todo y en primer lugar, hacer cristianos auténticos que viven la vida de koinonía de los discípulos de Cristo y que en el amor fraterno asumen los ministerios como servicio a los planes salvíficos de Dios.

V. CONCLUSIÓN:

“...YO ESTARÉ CON VOSOTROS HASTA EL FIN...”

Después de la convivencia, Jesús envió a sus discípulos para anunciar la buena noticia de la recapitulación e integración de la humanidad en el Pueblo de Dios, bajo la soberanía de Dios (Jn 17, 18. 21). En ese envío, los convocados para el ministerio evangelizador aceptan el compromiso de convertirse en peregrinos; constantes en un movimiento de transformación personal, colectivo e histórico; asentados en la espera de la transformación definitiva y siempre conscientes de que esa transformación definitiva y escatológica emerge de las transformaciones diarias y, sobre todo, por obra de Dios.

para “congregar” en la comunión. Segunda, del mismo modo que se produce la experiencia de convivencia, igualmente realiza “la comunidad de creyentes en Jesús”. El mismo centro de seducción y de fe configura la naturaleza y la existencia del misionero y de la comunidad. Por tanto, el envío se produce “desde la comunión” para la “comunidad”. Procede de la comunión con Cristo para lograr la comunidad en Cristo. Tercera, para ambas realidades Jesús es el salvador, principio de la unidad y de la paz. En él se encuentra el punto de partida y de llegada. La misión procede y concluye en el mismo centro. Cuarta, la comunidad en torno a Cristo es el único sacramento visible de salvación. El evangelizador es consciente que su sólo actividad no logrará los objetivos que el Padre espera, por ello, la comunidad se convertirá en el sacramento de salvación para el ambiente en que se encuentre. Signo dotado de gran fuerza significante del amor que lleva en sí la salvación.

Por otra parte, la naturaleza peregrinante del evangelizador (misionero o catequista) es permanentemente transformada por el encuentro con los otros. Todos los pobres, ciegos y muertos del camino intervienen en su transformación y sensibilidad, haciéndole entrar cada vez más en la lógica del Reino. Ellos serán siempre el desafío a la “autenticidad” de la experiencia vivida cerca del Señor. El encuentro en el camino obligará a compartir la experiencia, la palabra y el pan, el espacio y el tiempo, los dones que se tiene y los bienes que la vida proporcionó. La vocación evangelizadora del discípulo surge de la “llamada del Maestro”, pero se verifica en el gesto de compartir bienes y dones, para dar paso al compartir la vida (el mayor gesto de imitación del Maestro).

De este modo, “compartir” se convierte en la atmósfera permanente del enviado; precede a la misión y la acompaña siempre. Sin embargo, ese estado pasa por un constante movimiento de purificación⁴⁴. En las transformaciones diarias y continuas es donde se vive la transformación última como tarea y como irrupción de la gracia en lo cotidiano. En esas transformaciones, los discípulos de Jesucristo saborean anticipadamente la presencia del Reino y su pertenencia al mismo, dando lugar a la celebración eucarística en el amplísimo significado de la misma. Pero también es la transformación del mundo que se encuentran en el decurso de la vida.

Todas las vertientes del éxodo vivido aportan a la dimensión activa del evangelizador unas actitudes que debemos atender: entre ellas destaca la actitud de *confianza en el hombre y en la*

⁴⁴ Siempre habrá escenarios de purificación y de rupturas. En primer lugar rompe con la lógica del tener; también con la lógica del ser y, finalmente, con la lógica del hacer. La acumulación o defensa de los propios bienes, desembocando en el bien de la vida, no permitirá nunca la exposición o inicio del camino hacia la tierra de la Promesa de la fe; la restricción en la lógica del hacer posibilita superar la convención de lo “culturalmente correcto” para adentrarse en la inculturación y el diálogo con las realidades humanas, o menos humanas, para llenarlas del sentido evangélico. Finalmente, la superación de la lógica del ser aportará la posibilidad de recorrer todos los caminos hasta el fin del tiempo, otorgando a la misión la característica de universal y eterna; lo primero por la dimensión del Espíritu que ha otorgado una nueva existencia al discípulo, y lo segundo por la participación en la obra de la Trinidad (cf. P. SUESS, “La misión de Dios y la misión de los cristianos. Fundamentos, desdoblamiento, compromisos”: *Spiritus* 172 [2003] 103-106).

vida, porque confía en Dios. Sin esta confianza básica para mirar la vida no es posible confiar en el futuro prometido por Dios. La confianza última requiere confiar en el presente. La esperanza no es la confianza “humana”, pero para florecer requiere una actitud de básica confianza ante la vida y en el futuro.

El compromiso con el Reino y sus riquezas, para enriquecer las carencias del mundo, es asumido por el discípulo de Jesús pero no desde la hiperactividad sino desde la articulación con la razón de su llamada, presencia y acción: “Id al mundo entero y anunciad la Buena Noticia...”. Esto exige:

a) *Mirar cara a cara la realidad del mundo:* La relevancia de la misión exige del “discípulo” la valentía de “mirar nuevamente” y cada día la realidad del mundo. “Ver”, “comprender” “reconocer” son otras vertientes del amor y del seguimiento de Jesús, que se reveló como “luz del mundo”, y que dejó a sus discípulos como signo definitivo de su buena nueva la curación del ciego, pues sólo quien recupera la vida es capaz de ponerse en camino hacia Jerusalén y después convertirse en discípulo.

“Ver nuevamente” es la posibilidad de apreciar los signos de Dios en el tiempo, mucho más profundamente que el mero sentido común, que es lo esperado o conveniente. Ver lejos y en profundidad produce esperanza, pues contempla la mano de Dios más allá de los conflictos y de la violencia del mundo perturbado, para poner en práctica, contra el sentido común, las dimensiones del compartir, de la comunidad y de la gratuidad.

Para el “discípulo” que evangeliza, el principio-realidad y el principio-esperanza son hermanos gemelos. Si la fe produce esperanza, la acción evangelizadora que se fundamenta en ella es capaz de convertir la esperanza en transformaciones de redención y salvación.

b) *Anunciar la presencia de Dios en el mundo:* La nueva manera de ver, otorga la capacidad y fuerza de anunciar la presencia y la “misión” de Dios en el mundo. Esta presencia del Dios Uno y Trino es el fundamento de cualquier actividad evangelizadora. La actividad del “invitado a colaborar con Cristo” está enraizada en el corazón de ese Dios, el creador y salvador de todos, que le envía en misión. Y cuando cree que ya ha llegado, le espera para enviarle nuevamente al camino, pues el

discípulo reside en el camino por el que discurre el amor de Dios al encuentro de los hombres.

Mediante la práctica apostólica (presencia, testimonio, servicio, anuncio o liturgia), el discípulo no hace sino revelar a un Dios que ya está en el mundo; su predicación es la “propagación de la fe” en ese Dios presente y su relevancia para el mundo de cada persona. El anuncio prioritario de la misión es la presencia de Dios.

Fundamentado en la certeza de que Dios está presente, el discípulo puede arrostrar la hostilidad del mundo y encontrarse arrojado sea cual fuere la situación martirial. Y precisamente, en esa misma confianza es donde se asienta su capacidad de servicio martirial: debe anunciar algo que es relevante para el mundo: la presencia de un Dios que camina por delante del evangelizador, encontrándose también con tantos hombres “viajeros” que buscan a Dios.

c) *Para realizar una mediación salvífica:* La misión por el Reino no es universal por una supuesta prepotencia cristiana, sino por causa de todos los necesitados de pan, luz y vida verdaderos. Todos los necesitados del mundo reclaman a los “discípulos de Jesucristo” las promesas del Evangelio. Y reclaman que les sean transmitidas con urgencia y fidelidad, de ahí la necesidad de lo que hemos llamado “espiritualidad de éxodo” en la que el elegido para la misión se convierte en un *alter Christus*.